



**JESUS**  
+  
**CARITAS**

**Jesús en Nazaret:  
“Crecía en edad, sabiduría y  
gracia” (Lc 2, 51)**

*Abril · Junio de 2010*

## ORACIÓN DE ABANDONO

Padre mío,  
me abandono a Ti.

Haz de mí lo que quieras.

Lo que hagas de mí  
te lo agradezco,  
estoy dispuesto a todo,  
lo acepto todo.

Con tal que tu voluntad  
se haga en mí  
y en todas Tus criaturas,  
no deseo nada más, Dios mío.

Pongo mi alma en Tus manos.  
Te la doy, Dios mío,  
con todo el amor de mi corazón,  
porque te amo,  
y porque para mí  
amarte es darme,  
entregarme en Tus manos  
sin medida,  
con infinita confianza,  
porque Tú eres mi Padre.

**AMMUS CARLOS DE JUANES**

DIRECCIÓN

Manuel Pozo Oller  
Parroquia Ntra. Sra de Montserrat  
C/ Juan Pablo II, 1 04006 – Almería  
E-mail: vicariopastoral@diocesisalmeria.es

SECRETARIA DE DIRECCIÓN

María del Carmen Picón Salvador  
C/ Lopán 47, 4º, H. 04008 – Almería  
E-mail: maikapicon@gmail.com

SECRETARÍA GENERAL

Aurelio Sanz Baeza. Casa Parroquial.  
30396 – Perín. Cartagena (Murcia)  
E-mail: aurelio@quintobe.org

ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Comunitat de Jesús. C/ Joan Blanques, 10 08012 –  
Barcelona o, si lo prefiere, a través del correo electrónico:  
secretaria@comunitatdejesus.net;  
Josep Valls: jvalls@tinet.cat

REDACCIÓN

André Berger: E-mail: andrebeni@hotmail.com  
Vicent Comes Iglesia: E-mail: vicoig@yahoo.es  
Jordi Giró i Paris: E-mail: jgirop@uoc.edu;  
Hta. Josefa Falgueras: E-mail: germanetes3@hotmail.com

COLABORADORES

Gabriel Leal Salazar, Ana Mª Ramos Campos,  
Antonio Rodríguez Carmona, J. Rafael López Usero,  
Josep Vidal Taléns

IMPRIME

Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica  
La Rueda, 18. Polígono Industrial san Rafael  
04230 – Huércal de Almería (Almería) - Tº. 950.141 515  
E-mail: administración@imprentaubeda.com

DEPÓSITO LEGAL: AL 4-2010

## COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA ESPAÑA

Por un año. Ordinaria: 16 €. Especial: 20 €  
Por un número suelto: 3,5 €. Por un número doble: 5 €

## COLABORACIÓN ECONÓMICA PARA OTROS PAÍSES

Por un año: 25 €

---

### NOTA PARA RECIBIR EL BOLETÍN

Deseo recibir el **BOLETÍN "IESUS CARITAS"** de la Asociación  
C. Familias Carlos de Foucauld, desde el año \_\_\_\_\_

**Modo de enviar mi colaboración económica** (señalar con X)

- Giro postal a «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"» C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona.
- Cheque a nombre de «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"».
- Transferencia bancaria a «Asociación Familia Carlos de Foucauld en España. Boletín "Iesus Caritas"», entidad bancaria La Caixa, cuenta 2100 3012 80 2200462278, Oficina 3012, Plaza Rovira C/ Rabassa, 21 08024 Barcelona.

---

### DOMICILIACIÓN DE APORTACIONES

[Enviar a Comunitat de Jesús. Administración Boletín  
C/ Joan Blanques, 10 08012 – Barcelona]

### DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos .....  
Dirección ..... N° ... Piso ... Puerta ...  
Código Postal ..... Población ..... Provincia .....

### DATOS DE LA CUENTA.

NOMBRE DE LA ENTIDAD BANCARIA.....  
Sucursal y domicilio, calle ..... N° .....  
Código Postal . ..... Población ..... Provincia .....  
Número Cta (20 cifras) -----  
Titular de la Cuenta .....

Autorizo a la administración de la "Asociación Familia Carlos de Foucauld en España" para domiciliar mi aportación anual al Boletín Iesus Caritas de acuerdo con los datos que figuran arriba.

Fecha:

Firma:

# *Editorial*

## EL ESCRITOR Y SU OBRA

MARIO ALDIGHERI es un sacerdote italiano de la diócesis de Cremona encargado de la pastoral de los inmigrantes. Nació en Soresina (Región de la Lombardía en Italia) en 1937. Fue ordenado presbítero en mayo del 1961, miembro desde hace muchos años de la Fraternidad Sacerdotal, de aquella generación entrañable de Luigi Rey y Pino Palanca. Muchos años de su actividad pastoral han transcurrido en Brasil llevado del compromiso y la opción por los más pobres de la tierra. Es licenciado en Filosofía, posee el master en historia de la sociedad agraria, licenciado en misiología. Fue durante años secretario nacional de la Comisión Pastoral de la Tierra en Brasil (1980-1985). Posee varias obras publicadas en torno a la problemática social y la evangelización.

Tuve la suerte de poder compartir con él varios encuentros europeos. Hace varios años me entregó este precioso libreto con el permiso, “si era oportuno y conveniente algún día”, para su publicación. La lectura de sus páginas, llenas de poesía y ternura, son una verdadera cristología escrita con el corazón por un autor que conoce bien la exégesis bíblica al tiempo que ha hecho el esfuerzo de transmitir los conocimientos a gente sencilla.

En las páginas que ahora presentamos el autor recrea el ambiente de Jesús y narra los hechos con imaginación y acierto evangélico en el marco de Nazaret donde el Maestro estaba sometido a la autoridad de sus padres y lugar donde creció en sabiduría, estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres tal como escribe san Lucas (2,51).

El autor nos muestra su pretensión cuando en las letras introductorias escribe: “En este trabajo no me atrevo a navegar por las diversas corrientes de los grandes de ayer y de hoy, ni a revelar cosas nuevas nunca expresadas, ni siquiera a tientas, para añadir una vida de Jesús a las tantas otras ya escritas por autores de gran valor. Sólo quiero enfocar discretamente a Jesús de Nazaret en su país y en su casa, y de pie junto a él, adivinar con la imaginación y la ayuda de la familiaridad con la palabra de los Evangelios, cosechando en el material recogido de las lecturas de algunas obras antes citadas, cuál es la vida, el espíritu, el alma y el crecimiento de este niño que se convierte en un adolescente, un joven, y luego, un hombre en ese

pequeño pueblo. Quiero descubrir en sus pensamientos, ese camino nunca escrito y revelado de su crecimiento humano y de su fe, para sentirse parte de su gente, tanto sus dudas e incertidumbres, la expresión de su amor cada vez más intenso por su pueblo, los excluidos, la humanidad, como su toma de conciencia gradual de la vocación que le había sido dada, del ministerio que debía cumplir. Sondar su recorrido interior hasta la certeza de su naturaleza profunda y oculta de Hijo del Padre y de Hijo del hombre, hasta el abandono de su pueblo para hacer frente a los caminos de Galilea, Judea, a la Cruz, para convertirse en el mensajero del amor misericordioso del Padre, de la paz, la justicia y la fraternidad universal y del Salvador esperado desde siglos”.

Con la suavidad de cuanto es esencial el escritor nos lleva de la mano en un recorrido que comienza por la narración de la madre, la casa de Nazaret, los amigos y los juegos, las fiestas, la oración, la sinagoga, en fin, todo aquello que constituye la vida del pueblo y que será referencia en toda la vida de Jesús y desde donde habrá que leer sus hechos y comprender las palabras que pronunciaría después en su vida pública. En el pequeño opúsculo el autor se pregunta qué haría Jesús en Nazaret durante treinta años de silencio, cómo se comportaba en casa, de qué hablaría con su madre, su padre y sus amigos, cómo haría su trabajo cotidiano. La respuesta al silencio tan prolongado es sencillamente amar para más tarde obedecer al Padre hasta el extremo.

El Hermano del Evangelio, André Berger, miembro de nuestro consejo de redacción se prestó voluntario a hacer la traducción del italiano, siendo ayudado por el resto del equipo en las tareas de corrección del texto y las lógicas adaptaciones a la lengua española. Por razones obvias, este número extraordinario, omite los apartados habituales de nuestro BOLETÍN. No obstante pensamos que en el texto se incluyen la palabra de Dios, la experiencia viva del autor, la discreta y profunda erudición procurando su lectura un ambiente de recogimiento y oración.

Los dibujos que acompañan la lectura están tomados del libro “Clemente Gerez, el pintor y su obra”. Damos las gracias a tan excelente maestro, cantor del mar mediterráneo, de honda espiritualidad cristiana.

MANUEL POZO OLLER,  
Director



LA CARIDAD. CLEMENTE GÉREZ

La vida, los pensamientos, las preguntas de Jesús desde su nacimiento hasta su salida de Nazaret.

"Luego bajó con ellos, vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres." (Lc 2, 51)

"¿Qué habrá hecho en estos treinta años de silencio? ¿Cómo se comportaba en la casa, y de qué hablaba con su madre, con su padre, en su pueblo, con sus amigos? ¿Cómo hacía su trabajo? Creo que debemos pensar más en lo que Jesús no dijo, pensar en este silencio, para comprender el resto. Amar el largo tiempo que supo guardar silencio". (DAVID MARÍA TUROLDO, *Dios también es triste*, 1991)

## INTRODUCCIÓN

Hace 2000 años que el personaje Jesús trajo a la historia humana una novedad revolucionaria e hizo nacer un gran número de discípulos más o menos fieles y, al tiempo, una gran cantidad de detractores y enemigos que quieren enterrar para siempre, o incluso borrar su existencia reduciéndolo a un fantasma creado por una fantasía enferma. Pero tanto en el amor como en el odio, como en el hecho de no creer en Él, no se puede prescindir de Él. Occidente y su historia están condicionados y empapados de Él, como lo muestran la cultura y el arte. El jubileo<sup>1</sup> reavivó el deseo de hablar del “celebrado” según la interesante declaración del cardenal Biffi<sup>2</sup>. Se publicaron libros y se presentaron películas, que enriquecieron la bibliografía ya densa, escrita sobre Él desde los primeros siglos.

Los primeros textos fundamentales transmitidos hasta nosotros, son los cuatro Evangelios que recogieron de diversas formas las palabras y los acontecimientos de su vida, para comunicarlos a las diferentes comunidades, como respuesta ordenada y organizada a los primeros interrogantes y preguntas sobre la fe. Los Evangelios, recogiendo relatos orales y algunos textos escritos no elaboran una narración de su vida según el estilo de las biografías modernas, más bien organizaron el material a través de perspectivas teológicas alrededor del núcleo fundamental de la fe en Jesucristo, el Mesías enviado por el Padre, el Hijo de Dios, crucificado y resucitado para la salvación de la humanidad. Este método deja muchos vacíos y silencios sobre momentos de la vida de Jesús de

---

<sup>1</sup> Hace relación al Jubileo del año 2000.

<sup>2</sup> Nacimiento: 13 de junio de 1928, Archidiócesis de Milán, Italia. Sacerdocio: Ordenado el 23 de diciembre de 1950. Trabajó pastoralmente en la arquidiócesis de Milán, 1960 a 1975. Enseñó teología dogmática en el seminario de Milán y publicó numerosas obras sobre teología, catequesis y meditación. Episcopado: Elegido Obispo Titular de Fidene y nombrado Auxiliar de Milán, el 7 de diciembre de 1975. Consagrado el 11 de enero de 1976, Milán, por el Cardenal Giovanni Colombo, Arzobispo local. Promovido a la sede metropolitana de Bolonia, el 19 de abril de 1984. Cardenalato: Creado Cardenal presbítero, el 25 de mayo de 1985. Renunció al gobierno pastoral de la arquidiócesis de Bolonia, Italia por haber alcanzado el límite de edad.

Durante la Cuaresma de 1989 predicó los ejercicios espirituales para la Curia Romana. Asimismo dirigió los Ejercicios Espirituales de Cuaresma para el Papa y Curia Vaticana en 2007.

Polémico. En una pastoral el cardenal pidió que Italia “no conceda más visados de entrada a musulmanes”, así como “el cierre de todas las mezquitas e instituciones islámicas de Italia”. Calificó la reforma del rito ambrosiano del modo siguiente “Quedará viva por mucho tiempo en la memoria desconcertada de nuestra Iglesia”.

Nazaret, sobre todo en el largo período de la “vida oculta”, que corresponde según la tradición a los 30 años que pasó en Nazaret.

En consecuencia, a partir del siglo II se vio la necesidad de reconstruir la historia del Maestro, el Profeta, el Mesías, el Salvador, el Hijo de María, el Hijo de Dios, el Verbo hecho carne llenando los vacíos dejados por los Evangelios. Así nacieron los evangelios apócrifos tales como el evangelio según los hebreos, el evangelio de los doce apóstoles, el evangelio según los egipcios, el evangelio de Pedro, Mateo, Felipe, Historia de José el carpintero, el evangelio de Tomás, Bartolomé, de Bernabé, el proto-evangelio de Santiago y otros<sup>3</sup>. Documentos de interés que querían reunir los testimonios de fe al tiempo que la búsqueda apasionada de los primeros cristianos por conocer más detalles de la vida oculta de Jesús, que durante siglos, enriquecieron la religión popular.

La Vita Christi de Ludolfo de Sajonia escrita en el siglo XIV<sup>4</sup>, es la primera de una larga serie de intentos por conocer la vida oculta de Jesús. Desde entonces escritores y novelistas movidos por la fe se apoyaron sobre la figura histórica de Jesús<sup>5</sup>.

Todos trataron de escribir sobre Él y de representar su vida, para llenar los vacíos dejados por los Evangelios o por la tradición, para encarnarlo en la actualidad o encontrarse con Él una vez más como signo de contradicción. En la reflexión teológica y bíblica y, principalmente a partir del siglo XIX, surge una corriente que, reflexionando sobre la relación actual entre el Cristo de la fe y el Cristo de la historia, se preguntaba si era o no posible reconstruir la vida de Jesús a partir de los Evangelios y el testimonio de textos y documentos de la misma época, de la literatura judía y latina, desde las investigaciones arqueológicas y desde la tradición. Partiendo de

---

<sup>3</sup> Cf. AURELIO DE SANTOS OTERO (Edit), *Los Evangelios Apócrifos*, BAC, 1991.

<sup>4</sup> *Vita Christi* es un texto en el que se explora el ascetismo y la devoción, y desde su primera edición, gozó de un éxito inmenso entre la comunidad católica. El libro de Ludolfo de Sajonia, *El Cartujano*, quien nació en 1314 y murió en 1378, fue traducido al castellano por el franciscano Ambrosio Montesino. El soldado Ignacio de Loyola durante su convalecencia, poco antes de su conversión, en 1521, leyó precisamente *Vita Christi*, texto que le inspiró para fundar la Compañía de Jesús en 1539.

<sup>5</sup> Cf. ROMAN BRANDSTAETTER, *Jesús de Nazaret*; GEORGES BERNANOS, *Casi una vida de Jesús*; FRANÇOIS MAURIAC, *La Vida de Jesús*; JOSÉ PAPINI, *La historia de Cristo*; LUIS SANTUCCI, *También vosotros queréis marcharos*, FERRUCCIO PARAZZOLI, *La vida de Jesús*; CESARE ANGELINI, *La Madre de Jesús y la Tierra Santa*; FULTON SHEEEN, *La vida de Cristo*; PLINIO SALGADO, *Vida de Jesús*; CAMPANILE, *Por amor, sólo por amor*; FREI BETTO, *Entre todos Homens*, SHUSAKU ENDO, *Vida de Jesús*; STEPHEN JACOMUZZI, *Comienzo en Galilea*; SERGIO FERRERO, *¿Quién decís que soy yo?*

la incapacidad expresada de conocer los Evangelios como documentos de la fe que se basan en hechos históricos, vaciaron el personaje de Jesús de su divinidad, reduciéndolo a un simple hombre primero, y luego a un mito construido por la primera comunidad cristiana, tesis sostenida por la escuela racionalista protestante.

El recorrido intentaba descubrir en los textos del Evangelio, sin mucho éxito, las pocas verdaderas palabras de Jesús, descarnando el texto, eliminando cualquier evidencia de que pudieran entrar en conflicto con la racionalidad, en un proceso de “desmitificación”, hasta llegar a la consecuencia lógica de que era imposible y por lo tanto innecesario escribir una vida de Jesús. Nació como reacción a esta corriente, en ambientes católicos y protestantes, la definición de la “historicidad” de los Evangelios y de su contenido y, por lo tanto, la capacidad de edificar en parte, la vida del Jesús histórico, en textos ahora famosos<sup>6</sup>.

En este trabajo no me atrevo a navegar por las diversas corrientes de los grandes de ayer y de hoy, ni a revelar cosas nuevas nunca expresadas, ni siquiera a tientas, para añadir una vida de Jesús a las tantas otras ya escritas por autores de gran valor. Sólo quiero situar discretamente a Jesús de Nazaret en su país y en su casa, y de pie junto a él, adivinar con la imaginación y la ayuda familiar de la palabra de los Evangelios, reflexionando sobre las aportaciones del material recogido de las lecturas de algunas obras antes citadas, preguntarme sobre la vida, el espíritu, el alma y el crecimiento de este niño que se convierte en un adolescente, en un joven, y luego, en un hombre en ese pequeño pueblo. Quiero descubrir en sus pensamientos, ese camino nunca escrito y revelado de su crecimiento humano y de fe, hasta llegar a sentirse parte de su gente, tanto en sus dudas e incertidumbres, como en la expresión de su amor cada vez más intenso por su pueblo, los excluidos, la humanidad, así como su toma de conciencia gradual de la vocación que le había sido dada, del ministerio que debía cumplir. Sondear su recorrido interior hasta la certeza de su naturaleza profunda y oculta de Hijo del Padre y de Hijo del hombre, hasta el abandono de su pueblo para hacer frente a los caminos de Galilea, Judea, la Cruz, para convertirse en el mensajero del amor misericordioso del Padre, de la paz, la justicia y la fraternidad universal y el Salvador esperado desde siglos.

---

<sup>6</sup> Citaré sólo algunos: SCHUERER, *Historia del pueblo judío en la época de Jesucristo*; J. JEREMIAS, *Jerusalén en el tiempo de Jesús*; LEÓN-DUFOUR, *El Evangelio y la historia de Jesús*; EMILE MORIN, *Jesús y las estructuras de su tiempo*; CARTSEN THIEDE, *Jesús, historia o leyenda*.

Alguno va a sonreír, estoy seguro, ante esta pretensión e intento de atreverse a explorar los sentimientos, los pensamientos, el alma de este misterio que se llama Jesús de Nazaret, sobre todo en los treinta años de silencio absoluto de su vida cotidiana, sin signos distintivos, de los cuales sólo los Evangelios de Mateo y Lucas nos dan algunos retazos, habida cuenta que la forma literaria de midrash<sup>7</sup>, no se puede considerar como “historia” en el sentido moderno de la palabra. Acojo la sonrisa benévola y me atrevo a comenzar con unas palabras del Evangelio de Lucas, donde se dice que el muchacho “crecía en sabiduría y en gracia ante Dios y los hombres”.

Creo que es posible cruzar el umbral del misterio, dejándose orientar por tantos puntos que aparecen en las palabras del hombre Jesús en medio de su misión, en las actitudes y los signos elaborados en este largo prelude. Creo que está permitido con la imaginación llevados del amor por Él, capturar los datos que el estudio de la historia de su gente, sus costumbres, la vida religiosa, especialmente los libros sagrados que formaron la base de la vida del pueblo elegido, tratar de dibujar un boceto, aunque torpe y frágil, de la vida y de su crecimiento en su tierra, en su pueblo y en su casa.

Jesús no se percibe sino por el amor que se siente por él, que se lleva en el corazón, a menudo, sentimientos y palabras que pueden ser más míos que suyos, y no sólo míos sino también nuestros, muchos jóvenes y no tan jóvenes que, como él buscan el camino de la verdad, de la justicia, de la fe. Al final Él sabe que todo lo que nace de un gran amor lleva en sí el germen de la verdad, incluso si no es apoyado por la perfección, que nunca es perfecto, de la reconstrucción histórica.

Una página además, humilde y sencilla, tratando de levantar el velo sobre el misterio de la vida oculta del Maestro y Salvador, junto con muchos otros ya escritos pero que nunca será capaz de poner fin a este milagro de la voluntad de Dios que se llama Jesús de Nazaret, el hijo de María, hijo del Padre.

Por las fechas, los personajes, excepto algunos, y los lugares me he limitado a la historia hasta ahora reconocida como incuestionable, sobre la persona y los tiempos de Jesús de Nazaret. Para determinar su edad me he apoyado sobre el acuerdo de colocar la fecha de nacimiento de Jesús en el 6 a C<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Explicación edificante de la Sagrada Escritura ya sea en forma de comentario, explicando versículo por versículo, ya en forma de homilía.

<sup>8</sup> Error cometido por Dionisio el Pequeño (Exíguo), en el siglo VI.

# I

## SU MADRE NARRA

“Jesús, José, la cena está lista”. “En seguida mamá, venimos en seguida”. Su madre, María, - todavía joven y hermosa - se había casado muy joven, tal vez a los 15 ó 16 años, un poco más allá de lo que era la costumbre en su país que veía a las niñas de 13 ó 14 años preparadas para casarse. Actualmente, no tiene más de 22 ó 23 años. Pero, ¿quién podía contar bien los años en este pueblo remoto entre el verde de la Galilea? Ni siquiera él podía contar sus años, unos siete u ocho años, pero ya era un hombrecito, consciente, listo y obediente. Su respuesta a la llamada de la madre coincide con la de José, el padre, siempre tan reservado y apacible. Al escuchar la voz de su madre nota como algo dentro que no sabe todavía entender bien.

Las palabras son casi melodías, fragmentos de canciones, ocultan misterios aún no revelados, recuerdos e impresiones que en su mente infantil, no encuentran explicación. Intenta ser un niño como todos los demás, encantado de ayudar a su padre en el pequeño taller, pero también le gusta jugar y, más aún, soñar y escuchar las historias antiguas de su pueblo y de su familia.

Su madre, de noche o en momentos de tranquilidad, después de su trabajo y después de la oración, le había narrado y todavía le cuenta muchas cosas extrañas que sucedieron en torno a su nacimiento, historias que parecen cuentos de hadas, sueños. Un día en la puerta, a la sombra de la higuera, empezó a decirle que un desconocido había aparecido en la puerta. Todavía vivía en su casa y no en la casa de sus abuelos. Era una mañana de primavera hermosa, llena de aire fresco, aromas de flores y pájaros volando. El mensajero que habló a su madre, guapo y vestido de blanco había llegado de golpe, tan de imprevisto que se asustó cuando le vio en la puerta. Incluso hoy en día no podría decir si se trataba de alguien en carne o sólo de una visión. El saludo le había turbado aún más: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo” y el desconocido había anunciado su inminente nacimiento. Las palabras eran demasiado grandes y misteriosas para ella, sobre todo ella se sintió perdida cuando dijo que iba a ser “hijo del Altísimo” y que la nube del Espíritu vendría sobre ella, como cubrió la Tienda de campaña en el momento del Éxodo y ahora en el Lugar Santísimo en el Templo.

Estaba segura de que el invitado había sido enviado por Dios, no podía ser de otra manera y, aunque tímida, respondió que estaba disponible, como una humilde sierva para hacer su voluntad. No fue fácil vivir ese mensaje y cumplir esta voluntad porque no estaba casada todavía con el papá y él había nacido antes de lo previsto. Hubo rumores entre las mujeres del pueblo, siempre dispuestas a “cortarle un traje”<sup>9</sup> a los demás. José, entonces, al decírselo María, se asustó, tenía una multitud de preguntas y no sabía qué hacer, si anular el matrimonio, o si repudiarla en secreto. Pero no quería acusarla y decir que el niño que iba a nacer no era de él, sabiendo de quién era. Era un hombre bueno y justo y no habría soportado que ella, víctima de una denuncia tal, hubiera sufrido, como lo requería la ley, la lapidación o cualquier otro castigo menos trágico, pero aún deshonesto. Creía en sus palabras, en la historia del mensajero, pero al mismo tiempo, no podía entender este misterio, estando ya casados oficialmente, y deseando con ansiedad comenzar una vida juntos y felices, como todos los demás. Entonces José también se dio cuenta de que era Dios quien quería que él naciera. Soñó con el mismo mensajero que se le había aparecido y le dijo que el bebé era querido por Dios y así lo había aceptado y lo amó. Se le dio el nombre de Jeshua, Jesús<sup>10</sup>. Había sido el mensajero quien lo propuso y a pesar de ser muy común en su pueblo, era un hermoso nombre porque quería decir: “El Señor salva”.

Mientras su madre le contaba esta historia, imaginaba que el mensajero desconocido, vestido de blanco, lleno de luz, con cabellos de oro, ligero como la brisa, aparecía en la puerta principal y pensaba en tantos mensajeros enviados por Dios para anunciar nacimiento, abrir esperanza futura, indicando caminos presentes en las historias que escuchaba de las lecciones del maestro en la sinagoga. Los mensajeros que habían traído a Abraham y Sara ya viejo, estéril e incrédulo, el anuncio del nacimiento de Isaac, el hijo tan deseado, el nacimiento de sus padres. El de Moisés salvado de la ira del Faraón, y rescatado de las aguas del Nilo, de esa madre, también estéril, de Samuel, el mensajero aparecido a la madre de Sansón y se preguntaba lo que quería decir todo esto para él, para su historia, para su futuro, pero después se olvidaba de todo; era demasiado pronto para entender y descifrar estas cosas. Por ahora estaba contento de escuchar la voz de su madre, quien le contaba y le contaba. Y él soñaba.

---

<sup>9</sup> Crítica promovida por los celos y envidias.

<sup>10</sup> Jesús es la transcripción griega del hebreo Jeshua que significa Yahvéh salva, es ayuda.

Él soñaba cuando estaba en su vientre, cuando salió su madre al encuentro de su prima Isabel y también él pensaba haber notado ese salto de alegría, como el de su primo Juan en el vientre de su madre y de haber participado en el canto de su madre, cuando alaba a Dios por todo lo que había hecho en ella y en la historia de su pueblo y con ella de vez en cuando repetía la alabanza: “Mi alma proclama la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador”.

Qué extraño. Se había reunido varias veces con Juan, su primo, mayor que él unos meses, cuando se iba con sus padres y familiares en peregrinación a Jerusalén. Paraba en la casa de Zacarías e Isabel en Ain Karim, una ciudad muy agradable, en las montañas de Judea, no muy lejos, unos pocos kilómetros de Jerusalén. Se sentía atraído por su primo, que era más serio que él, más silencioso y mostraba una fuerza de voluntad que lo hacía parecer más mayor de su edad. Al mismo tiempo se sentía incómodo porque era difícil jugar con él, contar historias, ser amigos, él se retiraba, no se abría, difícilmente se dejaba gastar o hacer bromas o reír.

Ahora era el momento de sentarse a la mesa, su madre lo había llamado. En la mesa de la cena había hortalizas del huerto, la leche de cabra, un poco de queso, los alimentos cocidos a la parrilla. La cena era frugal siempre, pero la mamá sabía cómo preparar buenas cosas para el almuerzo y, especialmente, en los días más importantes: la carne y el pescado, respetando absolutamente la ley, como le habían enseñado. Estaba prohibida la carne de cerdo y rumiantes, de todos los animales que no tenían la uña dividida y entre los peces, los que no tenían aletas y escamas. Su madre horneaba dulces, hogazas de pan con olivas y pan de higos, recogía siempre una gran cantidad de frutas: higos, manzanas, uvas, dátiles, granadas, ciruelas. La miel nunca faltaba.

Antes de sentarse a la mesa para empezar la comida, su padre, José daba gracias a Dios con las bendiciones rituales, por los bienes que, incluso en ese día les había dado. La leche le hacía recordar el día en que nació. La madre le había dicho que en su nacimiento habían llegado un grupo de pastores celebrando una fiesta, diciendo que habían tenido una visión de ángeles. Los mensajeros celestiales les habían dicho que él sería el Mesías, tan esperado por su pueblo. Aquellos hombres sencillos, tan poco considerados por la sociedad y los líderes religiosos, en esa noche se pusieron en camino y llegaron al lugar a donde se habían refugiado,

habían felicitado a la mamá y al papá y también les habían regalado un cordero. Se sentía honrado de todo esto, pero un millar de preguntas pasaban por su cabeza de niño. ¿Era realmente cierto que estaba previsto que fuese tan importante, incluso el Mesías? Y también estaba un poco “asustado” porque cada vez que escuchaba los discursos de los hombres de la aldea, un mesías aparecía por aquí y otro allí, reuniendo a un grupo de fanáticos y todo terminaba en desastre, el jefe era detenido, encarcelado a veces condenado a muerte y el grupo empezaba a deshacerse.

No fue fácil su nacimiento. La madre dijo que tenían que ir a Belén para un censo, al parecer, había sido ordenado por el emperador de Roma y organizado por su representante de Siria, en cooperación con el rey Herodes. Los romanos, para no crear tensiones, respetaban las costumbres de las naciones aliadas, sometidas y ocupadas y como la familia de su padre era del linaje del rey David de Belén tuvieron que viajar a esa ciudad como todos los parientes de la familia. Allí nació de noche. Habían llegado tarde y no había lugar donde dormir, ni en casas de familiares de José ni en las cuadras, donde todos los que no encontraban sitio ni en las tabernas ni en los hogares, se alojaban en este lugar entre las mulas y los camellos con sus enseres personales para pasar la noche.

Tal vez los familiares, posaderos y viajeros, viendo que su madre ya sufría los dolores del parto, buscaban cualquier excusa para no tener una noche de insomnio, llena de preocupaciones, lo que aumentaría el cansancio acumulado en el viaje y se haría más pesado todavía el día del censo. Tuvieron, sin embargo, la suerte de encontrar un establo cerca de la ciudad, donde algunos animales calentaban el aire con su aliento y nació sin mucha dificultad. Su padre la ayudó como pudo y su madre no sufrió, a pesar del cansancio del viaje. Después de ocho días le llevaron al templo y el padre lo había presentado al sacerdote de turno para que fuera circuncidado según lo establecido por la ley. Su madre se había quedado un poco aparte, pero recordaba, sin embargo, sus lágrimas suaves a las primeras gotas de sangre como ofrendas al Señor según la Alianza. Luego se habían asentado allí, José había construido una casa en la tierra que había logrado comprar, con la esperanza de permanecer en su ciudad, la tierra de sus antepasados.

Le gustaba haber nacido tan lejos de su pueblo, en Belén, esta “casa del pan” que recuerda los relatos de los patriarcas, donde está la casa de la familia del rey David, de quien descendía el papá, aunque no había ni títulos de nobleza ni de riqueza. Le gustaba

haber nacido en un establo como un pobre y haber tenido la visita de los pastores. Le gustaban los pastores tan atentos y amables con las ovejas de su rebaño y le gustaba acompañar al pequeño rebaño tranquilo, de lana blanca, que buscaba un poco de hierba en las colinas de su país y se preguntaba si la vida de los hombres no debería ser semejante, en paz unos con otros, con un pastor sabio que les ayudara en la hora del peligro, que indicara el camino para no perderse y de vuelta les conduciría a casa, en lugar de estar constantemente en guerra entre ellos amenazándose como si fueran lobos.

Pero en Belén, se quedaron un corto tiempo y ahora vivían en Nazaret.

## II

### LA CASA DE NAZARET

No eran pobres ni ricos. En Nazaret tenían una pequeña casa, encaramada al igual que las otras en las colinas verdes que daban hacia la llanura de Esdrelón. Su padre José era un artesano, hacía un poco de todo como carpintero, también había construido su casa con amor. Era hermosa, ordenada y toda blanqueada con cal, la madre la había adornado con flores y plantas y la había llenado de sus canciones, de su sonrisa, de sus ocupaciones domésticas, del olor de la cocina y de los alimentos preparados con amor. En la puerta, en la entrada de la casa, José había colocado la “mezuzá”, un tubo de metal que contiene un pergamino con las palabras de la oración esencial, la shemá, “Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios...” Cerca de allí había una pequeña tienda donde trabajaba su padre cuando no le llamaban a otra parte para hacer algún trabajo. Un huerto le daba un poco de frutas y de hortalizas, tenían una cabra para la leche, algunas gallinas, un burro para viajar y para la carga de la madera y los materiales de los edificios y las obras que su padre tenía encargadas en la aldea y los pueblos vecinos.

No le faltaba nada. Era un niño feliz, jugaba en compañía de los niños de alrededor, sobretodo con sus primos y otros parientes. Su parentela era grande. Estaba contento sobretodo cuando iba a ver a los abuelos, los abuelos maternos, porque los abuelos paternos no les había conocido, habían pasado ya de la tierra de los hombres, al

“sheol”<sup>11</sup>, cuando él había nacido. El papá y la madre de su mamá eran ahora bastante viejos, pero se encontraba bien con ellos. Su abuela Ana hacía dulces exquisitos y ella le contó tantas historias y su abuelo Joaquín le enseñó muchas cosas: cómo se hace un lazo, un nudo corredizo, cómo se trepa sin riesgo de caer, cómo se coge la fruta en su tiempo justo, cómo se reconoce a una serpiente venenosa de una inofensiva, cómo se cuida a las cabras o las ovejas para esquilarles la lana, cómo se cuidan los otros animales domésticos, cómo se reconocen las bestias y los insectos peligrosos.

Le gustaba estar con ellos. Pero un día que el abuelo había empezado a contar la historia de Moisés y del pueblo que sufrió la esclavitud en Egipto y su liberación pasando a través del mar y del desierto, la abuela había intervenido para decirle que también él con su madre y su padre, habían ido a Egipto y habían cruzado el desierto. El abuelo no quería que la abuela continuara hablando sobre ese acontecimiento de su vida, pero ella insistía diciendo que a los pocos días después de su nacimiento, cuando no habían vuelto todavía a Nazaret, habían llegado desde muy lejos algunos forasteros, personajes extraños que estudiaban el cielo y habían dicho haber visto una estrella distinta, que según sus investigaciones señalaba el nacimiento de un niño importante, y que el niño había sido él. Se habían puesto de viaje y la estrella, según ellos, les había conducido hasta la casa donde, después del censo, habían vivido.

Pero antes de llegar, pasaron por Jerusalén pensando que el niño habría nacido allí, en la capital, en el palacio del rey, pero apenas habían entrado en la ciudad, la estrella desapareció de pronto. Y por mucho que escrudiñaban el cielo no la veían, había desaparecido. Entonces se habían dirigido al rey Herodes, que gobernaba en ese tiempo, y a pesar de que dependía en muchos aspectos del poder del emperador romano, a quien pagaba el tributo, según ellos, él debía saber si había nacido de su casa o no, ya que se convertiría en rey. En la corte algunos sabios llamados por Herodes, habían encontrado en los libros sagrados del profeta Miqueas, en el capítulo 5, que el niño tenía que nacer en Belén. El texto decía: “Y Tu Belén, de Efratá, no eres la más pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el que debe reinar sobre Israel”.

Así pues, tomaron de nuevo el camino hacia Belén y en seguida apareció de nuevo la estrella que les indicó el camino hasta el lugar donde estaba con su madre y su padre. Los extranjeros,

---

<sup>11</sup> Reino de los muertos. «Lugar que siempre pide más y nunca se sacia ». Cf. Is 5,14

entonces, después de una breve visita y haber dejado algunos regalos, un poco de oro (no mucho, pero lo suficiente para pagar sin problema, lo que se debía por la compra de la tierra y de la construcción de la pequeña casa en donde se habían quedado y los costos del viaje que no habían sido pequeños) un poco del incienso que había perfumado rápidamente la casa y de mirra (la mirra curiosamente se solía utilizar para los difuntos).

El rey Herodes se había mostrado muy amable con ellos y había expresado su deseo de ir también a visitar al niño recién nacido, estaba sin embargo lleno de envidia y muy preocupado por el nacimiento de este niño, temiendo que fuese utilizado por algún grupo fanático para fomentar, apoyándose en el descontento popular, contra su casa e incluso derribarlo de su trono. Decidió pues ordenar matar a todos los recién nacidos alrededor de Belén, porque entre ellos, él se habría encontrado. No había de extrañarse, porque el rey, que además no era de su pueblo, sino idumeo, era un hombre cruel y violento y había ordenado matar a mucha gente, y no sólo a sus enemigos, sino también a muchos de sus familiares, su cuñado Aristóbulo, y su tío-hermano José, su cuñado Kostobar, la esposa de Marianne y su suegra Alejandra y sus hijos: Alexander, Aristóbulo y, por último, Antipatro, a quien tenía como sucesor en el trono. No tenía ningún escrúpulo de condenar a muerte a unos pobres inocentes.

Pero los extranjeros venidos de lejos, como su papá, habían entendido que algo no andaba bien. Al marcharse, los tres extranjeros no habían pasado de nuevo por Jerusalén ni habían informado a Herodes. El padre había soñado cosas tristes y deprisa habían recogido sus enseres y se habían alejado de Belén hacia el desierto. Entonces se enteraron por las caravanas que pasaban que Herodes había mandado a sus soldados al amanecer y unos veinte niños de dos años o menos fueron asesinados mientras dormían o en los brazos de sus madres desesperadas y toda la ciudad se encontraba en duelo. Jesús escuchaba y pensaba: ¿Sería posible que fuera de él de quien había escrito Miqueas? ¿ÉL, rey de Israel? Le parecía todo como una fábula, incluso hermosa a pesar de muchos toques tristes y trágicos. Sobre todo sentía en su pequeño corazón un dolor inmenso por esos niños que no había conocido y que en el fondo, habían muerto por su culpa.

“Por eso - decía la abuela - habían tenido que escapar, hacia un país extranjero, como nuestros padres”. Pero Herodes se murió de un mal incurable, lleno de gusanos, y regresasteis, sanos y salvos.

Su abuela lo abrazaba y le daba besos como si se hubiera salvado de un peligro grave el mismo día anterior. Era demasiado pequeño para acordarse de cualquier detalle de esta historia tan triste, pero en su interior, en su mismo corazón permanecía una sensación de dolor y de miedo. ¿Por qué su madre y su padre jamás le habían comentado todo esto? ¿Quizás tenían miedo de impresionarle, o llenarle la cabeza pensando que era como Moisés que volvió de Egipto para liberar a su gente? Si fuera diferente, él sabía que era un niño de Nazaret y no pensaba en absoluto llegar a ser como el gran patriarca Moisés que había liberado al pueblo y le había llevado, sano y salvo a través del desierto hacia la tierra de los padres, le había dado la ley, pero sobre todo, había hablado con Dios, cara a cara en el Sinaí.

La historia contada por la abuela lo había dejado triste y preocupado. Tenía que hablar con su madre y preguntarle porqué no le había dicho nada del asunto. Se sentía como un poco culpable por la muerte de esos niños que tendrían su misma edad, de no haber sido matados por la cólera de Herodes. Le echó valor y al volver de la visita a los abuelos, enseguida pidió a su madre que le dijera la verdad sobre estos asuntos que habían ocultado sin decirle nada de ellos.

Vio la cara de la madre, siempre tan serena, ponerse roja y una lágrima furtiva bajar por su mejilla, secándola rápidamente. “Sí, era verdad, dijo su madre, nunca te había hablado de esto porque tampoco ella lo entendía”. Tantas cosas no entendía de lo que había sucedido alrededor de su nacimiento: los pastores que habían oído a los ángeles, los forasteros que habían seguido la estrella, la cólera y el odio de Herodes, la tragedia de Belén y el llanto de desesperación de las madres y su miedo y el remordimiento.

Cuarenta días después, habían ido al Templo de Jerusalén para presentarlo al Señor, y redimirlo como su primogénito, llevando la ofrenda. El sacrificio de los pobres: dos palomas o dos tórtolas, como está escrito en el libro del Levítico, y realizar también la purificación de su madre. Dos personas mayores que vivían rezando en el Templo, Simeón y Ana lo habían recibido, con entusiasmo. Simeón había dicho de él que sería la luz de su pueblo y de toda la gente, aunque también un signo de contradicción y que una espada traspasaría su corazón. Todo esto lo había llevado en secreto en su corazón y a veces, pocas en verdad, lo había confiado a su papá José, para intentar entender algo de todo lo que había sucedido, pero José le decía siempre que tuviera confianza en Dios, y no temiera, que el Señor les indicaría el camino y les daría la luz.

Pero esos presagios, esas palabras y esos acontecimientos daban vueltas en su mente y ella no sabía qué pensar y qué decir. Tampoco él entendía: ¡él era todavía tan joven! Qué habría pensado él y habría entendido si su madre, que había vivido todo esto, no conseguía entenderlo. Pero el rostro de su madre se ponía otra vez sereno y le decía: “Mira estamos aquí en Nazaret, estamos bien, el Señor nos ha dado todo lo que necesitamos, no nos puede pasar nada extraño, ¿para qué entonces, preocuparnos? Pensemos en vivir el día a día, a la luz de la ley del Señor y Él nos guardará en sus manos y nos llevará por sus caminos”.

Estas palabras le consolaron pero no del todo. En verdad, Nazaret era un pueblo tranquilo, se encontraba bien en casa, con sus parientes y sus amigos, todo seguía de la mejor manera. ¿Pero si, por el contrario, no hubiesen sucedido esas cosas y acontecimientos en los que su vida fue marcada por la mano de Dios con vistas a realizar una misión concreta? Su pequeño corazón comenzaba a dar golpes fuertes, como un caballo al galope, pero por otra parte empezaba a rezar el salmo 22 que conocía bien: “El Señor es mi pastor, nada me falta”. Y en su interior todo se tranquilizaba.

### III

#### LOS AMIGOS Y LOS JUEGOS

Así pasaron los años e iba creciendo. Ya se habían celebrado diez pascuas. Tenía bastantes amigos, algunos parientes suyos, “hermanos”, como se solía decir de todos los que formaban parte de los familiares unidos entre ellos por vínculos de sangre. Estaban: José, Santiago, Tomás, Simeón, Juan, David, Samuel, Elías, Eliécer, Gina y otros tantos. Con gusto iba a jugar con ellos. Arriba y abajo por las colinas, entre los olivos, a bañarse en las acequias, a subirse en los árboles, se enfrentaban en pequeñas e inocentes luchas, a pesar que alguno terminaba golpeado y con la nariz sangrienta, todo acababa en fiesta, un poco por la amistad entre ellos, mayor que la lucha y un poco por el temor de las regañinas de los padres, al volver a casa.

Él se apartaba de pronto cuando el juego favorecía la lucha, la violencia o la cólera, como suele suceder en el ardor del juego cuando la alegría y la amistad se convierten en competencia para superar a los demás sin límite hasta hacer daño y provocar llantos y sufrimiento. Se apartaba por instinto e invitaba a sus compañeros a

pararse, aunque no lo escuchaban. A veces, con el permiso de sus padres y a veces sin su permiso, deseando escaparse, con la sensación de un dolor profundo de ocultar algo a su madre, llegaban hasta pueblos cercanos: como Caná, en donde algunos tenían parientes.

Naim, un poco más distante, para arriesgarse, a veces hasta el Monte Tabor más allá aún, gozando de la vista preciosa, de la llanura llena de colores entre el verde, el amarillo, el marrón de los diversos cultivos, las aldeas dispersas como rebaños blancos e inmóviles en espera de su pastor. Cuando cansados y sudando se detenían en la sombra de un terebinto, se quedaba en silencio mirando a los campesinos que sembraban las semillas en los campos recién labrados, que se transformarían en espigas de trigo, de color del oro, colorados aquí y allá por las manchas de amapolas rojas como la sangre. Era el milagro de la naturaleza y se quedaba encantado de contemplarla y a veces se olvidaba hasta de sus compañeros que lo llamaban ya para regresar. Su Galilea era hermosa y verde con un clima siempre agradable, incluso en el calor del verano o el frío del invierno, la niebla nocturna o el manto de nieve que ponía blancas las cimas alejadas del Monte Hermón.

Pero se le prohibía ir a Séforis, la ciudad todavía en construcción, donde vivía el tetrarca Herodes Antipas, recién nombrado por los romanos después de la muerte de su padre Herodes, el rey de su región, la Galilea y de las regiones vecinas, Perea, más allá del Jordán. Séforis era una ciudad prohibida, un poco, porque se consideraba demasiado pagana, construida y diseñada, como otras ciudades como Cesarea y Scytopolis, en el estilo helenístico y romano, tan lejos de la tradición de los padres de Israel, y un poco porque donde estaba la corte no se podía ir con confianza aunque, los niños de Nazaret, sin entrar en la ciudad, se acercaban a veces por curiosidad. Algunas veces, acompañando a uno de sus padres que iban al mercado, habían llegado al mar de Genesaret, luego llamado Tiberfades, que era la ciudad más importante construida en sus orillas por el tetrarca Herodes Antipas, en honor del emperador Tiberio, cuando tenía más de veinte años. El lago no era un mar, pero la gente lo llamaba así porque era muy grande y lleno de peces.

Había que salir temprano porque se situaba a doce millas de distancia de Nazaret, y se regresaba a casa por la noche. Se quedaba encantado con los colores del agua que parecía como un espejo del cielo, de las nubes blancas, de los árboles y de las casas en la orilla. Las aldeas agrupadas y situadas en las orillas, se llenaban de vida los

días de mercado, los barcos que iban y venían en el lago o movidos tranquilamente al ritmo de las olas. Le gustaba nadar con sus amigos en el agua fresca del lago, pero sobre todo no se cansaba de mirar a los pescadores que regresaban de la pesca con redes llenas de peces o en el círculo junto a los botes en la playa seleccionando los peces y separando los buenos para vender en el mercado de los otros para devolverlos al agua, o arreglando sus redes dando el ritmo al trabajo con los cantos.

Le fascinaba la pesca y, a veces soñaba ser un pescador, no de peces, sino de personas, de pescar a tantas personas, no con redes, sino con la palabra, con la amistad, con el amor. Por el momento disfrutaba con sus compañeros corriendo y jugando con ellos en su tiempo libre, fuera de la escuela y del trabajo. Conocía a algunos en la orilla del lago, un poco porque eran familiares, un poco porque les había conocido cuando pasaba con su padre por sus casas para entregar un trabajo terminado. Entre ellos se encontraban Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, Santiago de su edad, Juan algunos años más joven, Pedro y Andrés los dos hermanos, y algunos otros, pero se veían poco, solamente cuando bajaba al lago. Quería a sus amigos, pero a veces se ponía triste cuando se ponían de acuerdo para robar un poco de higos, uvas, manzanas, limones o cazaban algunas aves con piedras o se escalabraban haciéndose heridas. No podía siempre conseguir que respetaran los bienes de los demás o de no maltratar a los animales. A veces cuando encontraba a un pájaro herido por sus compañeros, lo recogía y trataba de curar sus heridas, una pata rota o un ala que ya no podía volar y lo conseguía.

Pero lo que más le dolía de todo, era cuando, al pasear con los amigos de su edad por las calles y los senderos alrededor de las aldeas, se burlaban de algún cojo o manco o ciego (en cada pueblo siempre había una serie de pobres deformes por naturaleza o maltratados por los hombres) y gritándoles groserías y diciéndoles que era unos desafortunados pecadores (como el maestro les enseñaba en la sinagoga, porque según la tradición, como consecuencia de un error o de un pecado suyo o de sus padres), y simulaban su defecto para molestarle y ponerle furioso. Sentía como si las lesiones y las bromas iban dirigidas contra él. De hecho, dentro de sí sentía un profundo dolor y se identificaba con el sufrimiento y la humillación de los cojos, ciegos, y aún de una pobre mujer conocida como una prostituta.

Una vez vio con sus amigos una escena que le conmocionó. En la plaza de su pueblo, los hombres habían llevado a una mujer

pobre, desaliñada y vestida con harapos, acusada de adulterio. Según la ley debía ser apedreada y los más atrevidos y fascinados empezaron a recoger piedras y a tirarlas. Sus compañeros gritaban y apoyaban a los tiradores que eran todos parientes, conocidos o amigos mayores. No había podido soportarlo. Había corrido detrás de un árbol para llorar, solo. ¿Por qué tanto odio y tanto mal? ¿Era justa la ley que exigía tal sacrificio? ¿Quién tenía la culpa? ¿Y el hombre que había estado con ella no era culpable también como ella? No podía encontrar respuestas en su corazón, pero sabía que lo que había visto no estaba bien y que Dios no quiere que pasen estas cosas. Al volver a casa, tan triste, contó a sus padres lo que había sucedido. Su madre se quedaba en silencio.

José abrió su corazón con sabiduría: “En muchos casos, nuestra ley es demasiado estricta, especialmente con los más débiles y frágiles. A menudo, nuestras mujeres pagan un precio mucho más alto que los hombres, que a menudo se las arreglan para ocultar sus fechorías y escapar así de la pena prevista”. El padre terminó recordando que el Señor, bendito sea su nombre, tenía otra manera de juzgar y que sus pensamientos no son los pensamientos del hombre y su misericordia es más grande y más profunda que la ley. Le recordó el Salmo 144: “El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y grande en amor. El Señor es bueno con todos y su ternura se extiende sobre todas las criaturas”. Estas palabras le llenaban el corazón de esperanza y de paz.

Otra vez con los amigos había visto de lejos a un leproso que se acercaba. Todos huyeron asustados y se escondieron detrás de los árboles. La ley prohíbe cualquier contacto con esas personas y el miedo al contagio era grande. El pobre hombre ahora reducido a un montón de harapos que cubrían una carne deshecha por la enfermedad, casi completamente ciego e inseguro con sus pies. Se había caído y no podía levantarse. Sus compañeros se habían apartado hace mucho tiempo. Él se quedó atrás y cuando nadie lo veía se acercó al leproso que, al oírlo venir, le gritaba que se alejara. Sabía que la ley prohíbe cualquier tipo de contacto e incluso la proximidad de una persona leprosa considerada como impura. Al contrario se había acercado a él, le dijo que lo amaba, le había ayudado a levantarse, le dio un beso y luego había vuelto a casa corriendo y no había dicho nada a nadie, ni siquiera a su madre.



NIÑO MEDITERRÁNEO. CLEMENTE GERÉZ

"Y si ha ocupado con tanta constancia y cuidado ese último lugar, ha sido para instruimos y enseñamos que los hombres y la estima de los mismos no son nada, no valen nada; que no conviene despreciar a aquellos que ocupan los más ínfimos lugares, que los más pobres y abyectos no deben entristecerse por su vileza: ellos están cerca de Dios, cerca del Rey de Reyes de este mundo; esto es, para enseñamos que en nuestra conversión, no siendo de este mundo, no debemos hacer caso del mismo, sino vivir para este reino de los cielos, que el Dios hombre veía desde aquí abajo por medio de la visión beatífica, y que nosotros debemos tener presente sin cesar bajo los ojos de la fe, andando por este mundo como si no fuéramos de este mundo, sin cuidado de las cosas externas, no ocupándonos más que de una cosa: contemplar y amar a nuestro Padre celestial y hacer su voluntad". (CARLOS DE FOUCAULD, Retiro en Nazaret, noviembre de 1897, Escritos Espirituales, pp. 56-57)

## IV

### LAS FIESTAS, LA ORACIÓN Y LA SINAGOGA

El sábado era el mejor día, era el día de descanso. Por la mañana y la tarde se iban todos juntos a la sinagoga para la oración. También se iban los lunes y jueves y los días de las grandes fiestas de su pueblo, cuando no iban con toda la familia, parientes y conocidos en peregrinación a Jerusalén. Amaba las fiestas que le ponían en contacto con la larga historia de la peregrinación, de Abraham a Moisés, de Samuel a David, del exilio en Babilonia al regreso a la Tierra Prometida, de la alianza con Dios y del amor por la ley. La Fiesta más importante era la Pascua, en el mes de Nisán, en plena primavera, en recuerdo de la liberación de Egipto, seguida de la semana de los Panes sin Levadura. Siete semanas más tarde (qué perfecto era el número siete, para marcar la vida y la oración, el trabajo y el descanso, la memoria del pasado y los sueños del futuro) se celebraba la Fiesta de las Semanas o Pentecostés, en la que se presentaba la ofrenda de la primera cosecha.

La Fiesta de los Tabernáculos o de las Tiendas, se celebraba en el mes de Tishri<sup>12</sup>, en el otoño, al final de las cosechas, y de la vendimia, en conmemoración de la estancia bajo las tiendas en el desierto. Eran las principales fiestas, las más antiguas, que marcaban el ciclo del año, acompañadas de la obligación de ir a Jerusalén. Sin embargo, esto no era siempre posible. Estaban demasiado atareados para dejar el trabajo y el pueblo tres veces al año durante varias semanas, además los gastos del viaje y las dificultades debidas a la carretera, como los muchos grupos de bandidos que asaltaban las caravanas, no permitían cumplir con estas obligaciones. Por eso, casi siempre se celebraba en la aldea, de manera más familiar entre aldeanos. La Pascua y los Panes sin Levadura eran las fiestas que él prefería. La Semana Santa, como era la fiesta de la casa, rara vez se habían ido a Jerusalén para celebrarla. Para todos los niños como para él, era muy emocionante participar en los preparativos de la matanza del cordero, la preparación de la casa, el mantel blanco, la luz, las flores, y después, poner en las ascuas el cordero para asarlo, las hierbas y el aceite de oliva para condimentarlo, el pan y el vino para la bendición. La casa estaba llena de sabores y olores.

Toda la celebración estaba envuelta en el misterio e iluminaba la noche con la cena alrededor de la mesa. Jesús se reunía

---

<sup>12</sup> El séptimo mes: mitad de octubre, mitad de noviembre.

con su padre, José, su madre y los familiares para compartir la comida como en esta noche antigua en Egipto. El cordero y las hierbas tenían el recuerdo del sabor de la libertad, las bendiciones y el pan compartido al tiempo que el sabor de la alegría y de la fraternidad, el canto dell'hallel<sup>13</sup> llenaba la habitación y los corazones de alegría y de esperanza que venían de la fe: “¡Bendito sea el nombre del Señor! ¿Quién es como Yahvé, nuestro Dios? El Señor se acuerda de nosotros y nos bendice. Bendice la casa de Israel, bendice la casa de Aarón. Bendice a los que temen al Señor”. El mismo Dios que los había liberado de la antigua esclavitud estaba allí con ellos y no les había abandonado. No se perdía una palabra, un gesto, y era conquistado como todo el mundo por la emoción contagiosa de su padre José y de su madre. La semana de los panes sin levadura era una aventura. Junto con sus compañeros se dedicaba a limpiar las casas de todo lo que era viejo, lleno de polvo, de la levadura vieja, con un corazón limpio, en esta tarea, limpiando todo con el aire nuevo de la primavera, con la certeza de que todo a la luz de la Pascua, se volvería nuevo y puro. En otoño, al final de la cosecha, especialmente de la uva, la estancia y el “vaivén” era constante entre las chozas levantadas en los alrededores del pueblo durante la fiesta alegre de los campesinos que daban gracias a Dios por la buena cosecha que le llenaba de felicidad.

Otras fiestas marcaban sus vidas: la fiesta de Rosh Hashaná<sup>14</sup>, el aniversario de la creación del mundo y el comienzo del año civil, el Yom Kippour<sup>15</sup>, siempre durante el mes de Tishri, fiesta de la expiación y del ayuno, que le daba algunos problemas, porque en esta ocasión podía conocer y sentir más la mordedura del hambre. La Fiesta de las luces en el mes de Chisleu<sup>16</sup>, que recordaba la Dedicación del templo que tuvo lugar después de la liberación alcanzada por Judas Macabeo, la aldea estaba llena de la luz de las antorchas encendidas en cada calle y plaza. Parecía que la columna de fuego que había acompañado al pueblo en el desierto se había

---

<sup>13</sup> Es un término con el cual se designaba en la antigua sinagoga un grupo de salmos (113-118) que se utilizaban especialmente en circunstancias solemnes y festivas: ofrendas corderos en el templo; cena pascual; en la fiesta de pascua (13 de Nisán), en Pentecostés, Tabernáculos, dedicación del templo y diariamente en la oración matutina.

<sup>14</sup> Comienzo del año judío. Alude al momento en que fue creado el mundo.

<sup>15</sup> Es el día más sagrado de la religión judía. La época de los días de penitencia, que comenzaron en Rosh Hashaná y continúan en los diez días de penitencia, llegan a su día culmen en Yom Kipur. Es un día de perdón y expiación de los pecados entre el ser humano y Dios y entre el ser humano y el prójimo. En Rosh Hashaná los seres humanos son juzgados por sus actos, pero el veredicto del juicio es fijado en Yom Kipur.

<sup>16</sup> Noviembre-diciembre.

establecido en las casas pobres de Nazaret y de las aldeas y pueblos cercanos. La fiesta de Purim en el mes de Adar al principio de la primavera, recordaba la salvación del exterminio durante la esclavitud en la tierra de Babilonia, conseguida por el sacrificio de la reina Ester, que tuvo la valentía de presentarse ante el rey Jerjes y de afrontar el odio de Aman, para salvar a su pueblo del genocidio. Él también se sentía preparado para afrontar cualquier peligro para salvar a su pueblo y soñaba con el fin de toda esclavitud, de toda sumisión en una fiesta que no tendría fin.

En estas fiestas, como en otros días, le gustaba mucho ir a la sinagoga para escuchar la Palabra y la alabanza a Dios. La oración comenzaba con el Shema para continuar con la lectura de la Torá y de los profetas. Luego venía la enseñanza del jefe de la sinagoga o de otros participantes invitados por él. Al entrar, su mirada era inmediatamente atraída por el aron, el armario que contiene los sagrados rollos de la Escritura que contenía la palabra del Padre anunciada a los patriarcas y a los profetas, con la que se sentía profundamente compenetrado. Allí, en la escuela, aprendió a leer y escribir. Al principio en la lengua de su pueblo, el arameo, y luego en hebreo, el idioma de los libros sagrados, especialmente los cinco libros básicos: Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio, que formaban la Torá. Bebió con avidez el origen de los acontecimientos de Israel en otros libros que contaban la historia de Joshua a David y la nueva tragedia del exilio y la destrucción del Templo. Estaba fascinado por la fuerza interior de los profetas y la antigua sabiduría de los Proverbios. Aprendió a adorar el nombre, que no se podía pronunciar y que se escribía con el Tetragrámaton YHWH, nombre que se pronuncia Yahvéh con otra expresión: Eloim. Aprendió la oración, que luego repetía en casa con sus padres tres veces al día, mañana, tarde y noche, especialmente el Shema y los salmos.

Al recitar el salmo 18 su corazón estaba emocionado: “Te amo Señor, mi fortaleza. Señor, mi roca, mi fortaleza, mi libertador” o el Salmo 84 “Bienaventurados los que viven en tu hogar y continuamente pueden alabarte” o sentía la voz de quien se entrega a Dios al recitar el Salmo 63: “Dios mío, Dios mío, te añoro desde la mañana, mi alma tiene sed de ti”. Pero el salmo que también repetía durante el camino y que le llenaba el corazón como el agua clara y fresca era el 23 que representaba a su Señor, bendito sea su nombre, como el pastor, “El Señor es mi pastor, nada me falta. En pastos

verdes me pastorea, me conduce a las aguas frescas y renueva mi alma”.

Escuchaba las historias de los patriarcas, la historia del exilio, los anuncios de los profetas. Soñaba con escuchar la música del salterio y se sentía judío, nacido de una madre judía, el hijo del carpintero José, el hombre justo, un hombre fiel. Por encima de todo, se sentía atraído, no se perdía ni una palabra cuando su padre José, era elegido en la oración del sábado, para hacer la lectura y el comentario, llevando sobre los hombros el tablith, el manto ritual. Le parecía que José leía y comentaba la palabra sagrada, con más entusiasmo y más fe que nadie, ni siquiera se le podía comparar el jefe de la sinagoga. Cuando era pequeño estaba con su madre en el lugar destinado a las mujeres, pero ahora estaba junto a su padre en el lugar de los hombres. Y soñaba cuando estaría preparado como su padre para hacer la lectura y el comentario sobre las páginas santas, con la misma fe y el mismo entusiasmo.

Entre las historias de héroes antiguos que le encantaban, estaba la de José, hijo del patriarca Jacob, vendido por sus hermanos, como esclavo y más tarde virrey de Egipto. No le gustaba la historia de Sansón, tan extraño y violento. Tenía la impresión de que en lugar de un héroe era un matón, entre la violencia y la debilidad, entre el amor por la causa de Dios y su pueblo y su pasión por Dalila. Bueno, no le gustaba un héroe de ese tipo. Prefería a los que, fieles a la llamada, vivían con lealtad, con un amor apasionado por el Dios de los padres y por su pueblo. Le encantaba la llamada del Señor a Samuel en el templo durante la noche y su respuesta: “Aquí estoy, Señor, tu siervo escucha”. Se sentía llamado y dispuesto a responder de la misma manera. José de Egipto, sin embargo, gozaba de su simpatía, tal vez porque su padre se llamaba así, y porque su papá, como le había dicho su madre, también había tenido sueños. Él también había soñado siempre, soñaba un poco “como José”. No eran sueños de poder o vanidad, que se parecieran a los de los hermanos del patriarca, o como algunos comentarios de las tradiciones, sino eran sueños que llamaban a servir. Se veía en medio de amigos, doce, también, con su mamá y su papá que lo reconocían como a un maestro, sobre todo se sentía llamado a llevar un corazón amante y perdonador y dedicar su vida a su pueblo. Se emocionó por las lágrimas de José, que lloró en secreto antes de revelarse y abrazar a sus hermanos y a su padre anciano. Comprendía que Dios era el Dios de la misericordia, que siempre envía a alguien para salvar a su pueblo. Entendía la historia del patriarca Abraham, la historia de

Moisés, la liberación de Egipto, la ley del Sinaí, las normas establecidas para la gente a permanecer fieles para siempre.

Pero había algo que no acaba de entender, era la obligación rigurosa del descanso de los sábados. ¿Por qué el descanso debía ser tan riguroso, hasta el punto incluso de convertirse en un conjunto a la vez trágico y ridículo? No podía entenderlo, con su mentalidad de joven sabio, el por qué se tenía que castigar a los que también imitando el descanso de Dios Creador, habían transgredido la ley por una cosa sin importancia o una necesidad imperiosa. Parecía que la serie de casos, establecidos por la escrupulosidad de diversos rabinos, fuese realmente insoportable. Dar un paso o dos más de lo establecido, vendar una herida, destapar una olla, tirar un pelo, hacer el nudo a la cuerda del pozo, enderezar la mecha de una lámpara, llevar un peso (alguien afirmó que era posible sólo si no sobrepasaba la mitad de un comino). La ley se había convertido en realidad en una gran dificultad cuando se trataba de salvar a alguien, o cuidar a un enfermo, o cerrar los ojos de los muertos. El sábado, en lugar de la fiesta, se convertía a menudo en un día de angustia. Realmente, a pesar de oír que tenían que permanecer fieles a la ley y las enseñanzas de los maestros, todo esto no le satisfacía, parecía inhumano y pensaba que no podría ser la expresión de la voluntad del Padre de la vida.

Una vez, había transgredido el descanso del sábado, recogiendo un pájaro con un ala rota y lo había cuidado hasta que se fortaleció el ala, y reanudó su vuelo. Él no se lo había contado a nadie, sólo en el silencio de la noche, se lo había dicho al Padre en la oración y le dio las gracias por ser capaz, incluso de ayudar a un gorrión herido en el día del sábado. Otra vez, ayudó a un muchacho herido al caerse y había transgredido dos normas, la del sábado y la de la impureza que se contrae al tocar la sangre. Una ley estricta, decía, de hecho, que el que toca la sangre es considerado impuro y no puede asistir a la oración, sino después de purificarse. Otra vez se había ido sin ser visto, pero su madre lo sabía, para llevar un poco de comida a una familia pobre que no tenía nada para comer un sábado y había caminado más de lo permitido. Todo eso lo tenía escondido y lo decía sólo a su Padre en la oración silenciosa por la noche. El Padre, porque en su corazón había comenzado a aparecer la palabra que había oído susurrar entre las líneas de las Escrituras, pero nunca expresada con claridad. El Dios de su pueblo, su Dios, no podía ser el Dios guerrero que castiga, del que ni siquiera se podía pronunciar el nombre. No podía ser el Dios guerrero que destruye al enemigo,

el Dios que castiga a los pobres. Dios no podía castigar, por no respetar las pequeñas normas de la ley de la pureza ritual, el descanso del sábado, dispuesto a castigar a quien la hubiese transgredido. En lugar de eso debía ser el Padre que cuida del bueno y del malo, que hace que el sol brille para todos, que creó la tierra para todos, que dio la ley al servicio de la vida de la gente y no para hacerlos esclavos de la ley. Su Dios sólo podía ser un Padre, el Padre.

## V

### LA CREACIÓN

Con un entusiasmo indescriptible escuchaba la lectura del pasaje del Génesis que narra la creación del mundo. Se sumergía en la historia del Dios creador que construyó poco a poco el mundo como un artesano. Separó el agua de la tierra, la llenó de flores y frutos, insectos y animales, y finalmente colocó en el centro, al hombre y a la mujer, diseñados a su imagen, con el aliento del espíritu en su interior. Pasaba fácilmente de la lectura a la realidad y se quedaba por la mañana, en la contemplación del amanecer, a salir el sol de la ladera del monte Tabor, extendiendo gradualmente su luz, y dispersando las sombras de la noche, saludado por la algarabía de los gorriones y el canto de los gallos. A menudo, se sentaba en el pasto o a la sombra de un árbol en las colinas cerca de su casa, solo, y vivía el gozo de la creación que se mostraba delante de él, llena de vida, de color y de música, en tonos tan variados, pero de modos armoniosos. Entonces le entraba el deseo de cantar, “Alabado sea el Señor de los cielos, alabadle en las alturas. Alabadle todos sus ángeles, que lo alaben todos sus servidores. Alabadle sol y luna, que lo alaben todas las estrellas brillantes. Alabadle cielos y aguas que están sobre los cielos” repitiendo de memoria el Salmo 148.

Al atardecer, se dejaba mecer por el sol que, como una bola roja de fuego se extinguía allí, detrás de las colinas del Monte Carmelo, que ocultaba la visión del Mar Mediterráneo, pintando el cielo de rojo y de anaranjado vivo, y en un instante, se convertía en rosa y azul y luego daba paso a los tonos oscuros de la noche. Entonces salía por la noche, en la puerta, mirando las estrellas innumerables que bordaban de diferentes luces el manto nocturno del cielo o se sumergía cuando estaba la luna, en esa atmósfera diáfana e inmensa creando un mundo surrealista y fantástico. La tierra era “del Señor. Él la fundó sobre los mares, la estableció sobre

las corrientes. ¿Quién puede subir al monte del Señor y quién entrará en el lugar santo? Los inocentes de manos y corazón puros”. Así había aprendido repitiendo el canto del Salmo 24. Él era el inocente, puro de corazón y podría subir al monte del Señor. Una montaña que no era visible como el Carmelo, el Hermón o el Tabor, ni siquiera el Santo Monte de Sión, sino la montaña que une a todas las montañas de la tierra. Su imaginación volaba en espacios desconocidos más allá del muro y del entorno, más allá de las colinas de Nazaret, más allá de su tierra y entraba en tierras desconocidas, entraba en el fondo del mar, flotaba entre las estrellas del cielo. Entonces, pensaba que formaba parte de este proyecto maravilloso, de estar ahí cuando el dedo de Dios había creado las cosas, pensaba que había tocado y bailado con la creación y seguía jugando y bailando con las estrellas, con el sol, con la luna, como había leído un día en el libro de los Proverbios: “Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo. Entonces yo estaba con él, como arquitecto y era su gozo cada día, gozando delante de él en todo momento”. Daba nombre, llamando a cada cosa por su nombre e invitaba a todas las cosas a bendecir al Señor: el cielo y la tierra, agua, fuego, sol y las estrellas, la lluvia y las heladas, el aire y el viento, los animales grandes y pequeños, aves y peces. Todo, todo. Repetía el canto de Daniel: “Benedicid al Señor todas las obras del Señor, el Señor...” Y como un director de coro, estaba dirigiendo todo, y pidiendo que bendijesen al Creador. Parecía que el agua y el pasto, el sol y el viento, las flores y los pájaros le respondían haciéndose eco de su voz, cantando.

¿Estuvo allí o lo había soñado? Una voz que venía de los rincones más remotos de su mente le decía que sí, su realidad más profunda y más real, incluso antes de ser recubierto con la carne de un niño judío, estaba allí como una Palabra pronunciada, como un soplo de vida salido del amor del Padre que había dado vida al milagro de la creación y en la creación, a los seres humanos y, en la historia humana, a la historia de su pueblo y, en la historia de su pueblo, a Él, el Hijo del hombre, el hijo de María, el hijo del carpintero José, y también, aunque todavía no sabía exactamente cómo ni en qué medida, al Hijo de Dios. Cuando volvía a casa al ver el amor con que José estaba trabajando la madera y daba luz a nuevos objetos con sus manos callosas y admiraba la delicadeza de su madre en busca de flores alrededor de su casa, poniendo todo en orden, preparando los piensos de los animales, hilando la lana, podía ver las manos del Creador seguir trabajando a través de sus manos

para seguir administrando y haciendo crecer la belleza y el misterio de las cosas.

Una sombra como una nube de tormenta repentina oscurecía la alegría de la creación y el éxtasis al sumergirse en el misterio de la vida, en la inmensidad del universo salido de las manos de Dios. Era el signo trágico del sufrimiento y de la muerte que acompañaba a la vida y la destruía al mismo tiempo que la hacía nacer de nuevo. Las flores que por la mañana había admirado sus colores, los lirios del campo como en traje de fiesta, las violetas en el borde de las zanjas, las rosas magníficas de mil tonos, hasta las más sencillas y las más ocultas de las flores, en los verdes campos, eran quemadas por el sol implacable y por la noche, y se mantenían tristes y con la cabeza inclinada. Las frutas en el árbol frondoso, manzanas, higos, granadas, los toronjos, picados, y vaciados de su carne yacían en el suelo con un olor agrídulce. Las aves de rapiña se precipitaban sobre los pollitos, bolas frágiles que se habían quedado lejos del nido y no eran capaces de reunirse bajo las alas de la gallina. La serpiente rápida cazaba con avidez ranas, ratones y otros animales. Había un hilo de muerte en la naturaleza que marcaba todo en una ley dura y estricta: los más fuertes destruían a los débiles y la vida de los más débiles estaba al servicio de los más fuertes. Pero se sentía obligado a gritar la vida, la vida más allá de los límites, más allá de la muerte. Sabía, sin embargo, que la creación marcada por el dolor y la muerte, tenía un orden donde no se perdía nada. Todo parecía perdido al invadirlo todo con la fuerza inteligente y bruta del hombre hecho "a imagen y semejanza de Dios".

Sin embargo, su Dios, el Padre no era un Dios de muerte y destrucción. Era, por desgracia, el hombre creado por Él, colocado en la cima de la creación, que se había encargado de guardar y organizar la realidad del mundo, sembrando la muerte y la destrucción. Por el deseo de dinero, el deseo de dominación, el orgullo necio que el espíritu del mal le había inyectado en la sangre, destruía vidas, mataba animales no para satisfacer su hambre y la de sus hijos, sino por vanidad y decorar de pieles sus palacios, y acicalarse de pieles, para adornarse con plumas, para encarcelar a los animales en jaulas para decorar sus jardines y usarlas contra otros hombres, y destrozarles en pedazos por diversión o por venganza. El hombre destruía los bosques a fin de extraer la madera valiosa para objetos caros y a menudo inútiles, sólo por vanidad, y sabía las solicitudes, a veces de necios pedidos en el taller de su padre. El hombre quemaba los cultivos, ensuciaba el agua, arrojando sus

desechos en todas partes. Le parecía muy triste y horrible, cuando iba en peregrinación a Jerusalén, la visión de esta Gehena (infierno), en donde se quemaban las basuras de la ciudad, de forma continua dejando un mal olor a quemado y en los momentos en que la opresión del mal pesaba en su mente, veía al mundo como a una inmensa Gehena. El mal estaba sembrado de forma continua como cáncer en las realidades de la vida, como la cizaña en un campo de grano, o como las amapolas tan hermosas con su color rojo brillante, pero sofocando las espigas del trigo, que luchaban por crecer.

Sus pensamientos y su mirada notaban cada vez más la locura humana. No había gente rica en su tierra, como Herodes, propietario de mansiones y sirvientes, terrenos, bienes y de guardias, y más aún que Herodes, como el emperador de Roma que se había oído que se creía el dueño del mundo cuando en el otro lado de la vida había hombres que no tenían una casa, ni tenían lo suficiente para comer y no pasar hambre. Él había visto tanta gente expulsada de sus hogares y de sus tierras por los soldados. Había visto a otros cubiertos de harapos para tapar su enfermedad y su pobreza, en busca de una hogaza de pan, o de un gesto de caridad. ¿Cómo eran los que estaban alrededor de las puertas del Templo de Jerusalén, a la espera de caridad? ¿Cuántos enfermos habían visto un día en la piscina de Betesda, a la espera de tirarse al agua para curarse, cuando las aguas se movían con la fuerza del viento o de una mano misteriosa? No anhelaba la riqueza y el derroche de los primeros, pero amaba a los otros y les hubiera dado todo lo que tenía para recuperar de nuevo su dignidad de hombres, concediéndoles un puesto entre los demás. Estaba contra el mal, contra toda la maldad y se sentía empujado por una lucha dura y difícil. Pero, ¿cómo empezar y dónde? Se sentía tan pequeño, tan pequeño y se preguntaba por qué su pueblo había recibido todo del Eterno Creador, bendito sea, y no se levantaba al grito de justicia y de verdad. ¿Por qué los sacerdotes del templo y los que conocían la ley y la tradición, no enseñaban a todos, el camino de la vida contra la muerte, el bien contra el mal, el amor contra el odio, la solidaridad contra el egoísmo? En esta danza de preguntas que se movían en su memoria, recordaba como Dios les dio maná en el desierto y todos habían comido allí, quienes tenían más como quién tenía menos, y finalmente se entusiasmaron con la canción que su madre sabía y que cantaba en su corazón: “El Señor iba a derrocar a los poderosos y levantar a los humildes, colmaría a los hambrientos y los ricos se quedarían con las manos vacías”.

## VI

### JERUSALÉN Y EL TEMPLO

Según la tradición, cada año y mínimo una vez, aunque a veces, unos cuantos años no podían ser fieles a lo prescrito, se ponían en camino hacia Jerusalén. Para él, como niño fue siempre una fiesta. Los preparativos, la caravana de amigos y familiares, el camino largo, 3 ó 4 días, una caminata, una parte andando, otra parte a lomo del burro, de nuevas experiencias, pasar las noches en cercados de caravanas, jugar con sus amigos de la misma edad, y sobre todo la visión de los lugares y de las ciudades encontradas con las explicaciones que le daba su padre. Seguían el camino más corto, incluso si tuvieran que pasar por Samaria, una tierra donde vivía un pueblo que se decía impuro por seguir otras tradiciones y dar culto a Dios en el monte Gerizim, y no en el monte Sión, donde se situaba el Santo Templo construido por el rey Salomón. Una tierra, que sin embargo, guardaba un gran recuerdo, como el pozo de Siquem, del patriarca Jacob, la tumba de José, que él tanto amaba. Hacían de nuevo el camino de su padre Abraham, pasando cerca de los santuarios de Betel y Silo, donde el arca se había encontrado antes de ser transportada al templo en Jerusalén y que ahora era sólo un recuerdo después de que Nabucodonosor se la hubiese llevado como botín de guerra junto con los vasos sagrados.

Al llegar a las afueras de Jerusalén y al ver la ciudad iluminada por el sol y el Templo que la dominaba, toda blanca con sus pináculos de oro, él sentía siempre los latidos de su corazón emocionado y con toda la caravana, cantaba el canto que sabía de memoria: "Alégrate Jerusalén acoge a sus hijos. ¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa de Dios!". Jerusalén aparecía en su magnificencia. Imaginaba, como el profeta Isaías, un número infinito de las caravanas que llegaban de todas partes para llenar las calles y plazas de dones y adorar al Todopoderoso. No conocía otras ciudades, pero para él, Jerusalén era la ciudad más bella del mundo. No importaba si, al pasar la puerta de Benjamín, y dejar a la izquierda, la imponente torre Antonia, construida por Herodes en el lado norte de la explanada del templo, lugar de guardia, poderosa y triste como un ave de presa, se metían dentro de una red de calles estrechas, malolientes y llenas del movimiento de los vendedores de todo tipo y de mucha suciedad. Cuando se acercaban al Templo, el olor de los sacrificios y los animales sacrificados era tal que se hacía insostenible, especialmente cuando el día antes de la Pascua se

sacrificaba un número infinito de corderos que a continuación, cada jefe de familia llevaba a casa para la noche de la Pascua. El entusiasmo que llevaba y animaba a los peregrinos hacía que todo pareciera agradable, aunque si el templo reconstruido y ampliado por Herodes (y era una época en la que un edomita, un extranjero había tomado tal iniciativa) no se había terminado y la ciudad parecía un hervidero, con los trabajadores que llevaban las piedras y la madera y trabajaban en la parte exterior del santuario, aumentando así la confusión general, haciendo que el polvo del aire fuese irrespirable y obligando a caminar entre la cal, la arena y la basura. A él y a los demás peregrinos no le importaba, al encontrarse en la Ciudad Santa, la ciudad del Gran Rey, la ciudad de Dios. “Y como la golondrina tiene su nido donde están sus pequeños, así nuestro nido es tu casa, Dios de los ejércitos”.

Esta vez eran mayor el entusiasmo y los latidos del corazón. Cumplía doce años y había llegado a la mayoría de edad según la ley, fue presentado en el “Bar Mitzvá”<sup>17</sup>, la iniciación que un año más tarde, le permitiría, leer la Torá en público, en la sinagoga de su pueblo, llevando la tabliht como su padre José y los otros hombres de la aldea. Había empleado varios meses para prepararse con los otros muchachos que permanecerían varios días en la escuela del templo, y luego recitarían de memoria pasajes de la Torá, delante de los maestros de la ley. Estos días habían sido felices y había pasado la prueba y conseguido el resultado bajo la atenta mirada de su padre y su madre esperando con tranquilidad y paciencia en el atrio de las mujeres. Pero luego, cuando llegó la hora de salir y regresar a casa se había quedado para hablar con los doctores de la ley, en el momento en el que la caravana salía de la ciudad. La prueba normal no había sido suficiente porque en el corazón tenía un montón de preguntas: “¿Por qué la ley es tan dura para con los que se equivocaban si se decía en los salmos que Dios era misericordioso? ¿Por qué hay tantos pobres que mendigan en la Puerta Hermosa del Templo y otras puertas, si todos eran miembros del pueblo y en la Toráh estaba escrito que no se debía abandonar a aquellos que sufren de hambre, porque todos habían sido liberados de la esclavitud? ¿Por qué algunos tenían tantas cosas y muchos nada si existía la ley del año sabático y del Jubileo que proclamaba que la

---

<sup>17</sup> El término Bar Mitzvá apareció por primera vez en el Talmud para definir a alguien que está sujeto a los mandamientos. En el Mishnah, los trece años se describen como la edad en la que una persona es obligada a observar los 613 mandamientos de la Torá.

tierra pertenecía a Dios y que era necesario perdonar las deudas y liberar a los esclavos?”

En el templo presentó a los doctores de la ley algunas de sus reflexiones sobre la misericordia y el amor de Dios interesando mucho a los hombres barbudos sabios que lo escuchaban y contestado a sus preguntas hasta tal punto que no había notado que el tiempo había pasado y no sólo horas sino que el día se había terminado. Sólo después de dos días de marcha su madre y su padre se habían dado cuenta de su ausencia en la caravana. Después de buscar entre los familiares y amigos se quedaron sin aliento cuando lo vieron bajo el porche de Salomón hablando con los maestros de la ley. Se detuvieron con cierto miedo, al verlo tan joven todavía, permanecer en el círculo de hombres tan sabios como los doctores de la ley y aliviados porque por fin lo habían encontrado. Su madre, entonces, poniéndose seria le había regañado: “¿Por qué has hecho esto? Son dos los días en que te estamos buscando”. Su padre, no obstante, no decía nada, pero se le reflejaba en su rostro la duda con la pregunta que a veces le surgía y que había interpretado como: “¿Quién es este niño? ¿Qué será de él?” La respuesta a la pregunta de su madre, le brotó de manera espontánea, “¿No sabíais que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?” Él no podía entender cómo y de donde le había venido esta respuesta que salía de sus labios pero su corazón le aseguraba que tenía razón, que realmente se sentía llamado a vivir una experiencia totalmente dedicada a Dios, a quien ya llamaba Padre y lo percibía así en todos los aspectos. Su papá y su mamá no sabían qué responder. Una vez más frente al secreto profundo y la atmósfera de misterio encerrados en él que ya se habían manifestado en el mismo momento de su nacimiento, y que, más o menos bien, ahora se confirmaba.

El silencio de la vuelta había mantenido en su mente las preguntas y las impresiones sobre la Ley y sus dudas sobre el Templo. ¿Si el Templo era la casa del Altísimo, la casa de oración, por qué la impresión percibida al ver el mercado en el atrio de los gentiles, entre los vendedores de cabras, ovejas, palomas y otros animales para los sacrificios y muchas otras cosas que no eran necesarias para la oración? ¿Cómo los cambistas considerados por la gente como pecadores, estaban allí para cambiar las monedas de los judíos y prosélitos, que venían de lejos con monedas distintas? ¿Si era la casa del Padre, por qué tantas divisiones y separaciones, y por qué su madre y las mujeres no podían entrar en el atrio, no eran también hijas de Jerusalén, hijas del Altísimo? ¿Por qué los

proselitos, los gentiles, los paganos, los extranjeros tenían el vestíbulo como sitio asignado para ellos, fuera del área real del Templo? ¿No era Herodes también un “gentil” que reconstruyó el templo después de haber sido destruido y reconstruido varias veces? ¿Sus manos de “gentil” podrían valer para edificar el Templo, manos manchadas de sangre como las suyas, de rey? ¿Por qué otras manos puras de “gentiles”, llenos de fe y de piedad, llenos de vida de oración, tenían que detenerse tan lejos del atrio, donde se cumplían los sacrificios si éstos se encontraban más cerca del Santo de los Santos? ¿Por qué sólo el Sumo Sacerdote podía cruzar el umbral más allá de la cortina del Santo de los Santos, donde ya no quedaba nada, ni el arca, ni las tablas de la ley, ni unos recuerdos del éxodo? No, Dios no podía encontrarse atrapado así entre las cuatro paredes de la celda estrecha y desnuda del santuario sólo disponible para el Sumo Sacerdote. Dios era para todos y estaba presente en cada lugar, lo sabía y las mismas Escrituras se lo habían enseñado.

No podía encontrar todavía todas las respuestas, pero sentía en su corazón que el Templo que es la casa del Padre, se había transformado en un mercado donde los intereses de los sacerdotes, el poder y el dinero eran más importantes que la verdadera fe de la gente. Ese Templo ya destruido por el rey Nabucodonosor en el pasado y luego reconstruido por los exiliados que regresaban de Babilonia durante el reinado de Ciro, violado y destruido de nuevo por Antíoco Epifanes, quien había introducido dentro la estatua de Zeus, el jefe de los dioses griegos, y ahora reconstruida por Herodes, podía caer de nuevo. Pero el verdadero Templo de Dios, él lo sabía, era un templo de “piedras vivas”, los santos y los justos del pasado y del futuro, este Templo nunca debía haber caído y este templo empezaba a sentirse como la piedra, tal vez, la piedra destinada por el Padre como la piedra angular.



## VII

### EL TRABAJO

Desde su infancia, había trabajado ayudando a su padre en el pequeño taller y lo había acompañado en algunos de sus viajes, así como ayudaba a su madre en las tareas domésticas, iba a buscar agua del pozo, a recoger las verduras y limpiar el huerto y el jardín, arrancar la hierba entre las flores y las plantas. Un trabajo sencillo y hermoso. Su madre le había enseñado los nombres de las flores, hortalizas, plantas y las propiedades de cada una y cómo curarlas, para mantenerlas, cómo alimentar a los pollos, cuidar de los polluelos, tan delicados y frágiles. Observaba como hilar el lino y la lana, coser ropas y mantas, había aprendido la exactitud y a ser constante, incluso en las pequeñas cosas. Con su padre había aprendido la poda, la forma de cuidar de los burros, de no cargarlos más de lo necesario, que pudiesen descansar de su cansancio, el respeto por los animales y las cosas y el amor del trabajo. Ahora que tenía dieciséis años, trabajar con su padre se había convertido, desde hacía algunos años, en su actividad principal.

Para cada judío piadoso el trabajo era sagrado y lo sentía como santo. Trabajando le parecía una continuación de lo que había experimentado en su infancia, tener la sensación de participar activamente en la creación, para cumplir el compromiso dado a los padres, de trabajar la tierra, de guardarla, de hacerla prosperar con el sudor de su frente, pero más todavía para continuar la obra del Creador, que había trabajado durante siete días y había descansado en el séptimo. En el Levítico había leído que no sólo el sábado, sino en el Año Sabático, cada siete años, y en el año en que tocaba el Jubel, el Año Jubilar, la ley prescribía el descanso completo de la mano de obra y de la tierra y la liberación de las deudas y del encarcelamiento. Usos abandonados por su pueblo, pero todavía se hacía una excepción el sábado, día que se había convertido en el único de reposo absoluto, y que quedaba como de referencia ya que se pensaba que no era posible pararse un año entero, porque la sociedad había cambiado. Ahora sin embargo, era agradable pensar en la vida completa como un tiempo dedicado al trabajo honesto, para llegar al sábado último, cuando todos los justos entrarían en la paz del Señor.

Él prefería trabajar en el pequeño taller junto a la casa, donde los tablones de madera de olivos, cerezos, pinos, y los más nobles como el cedro, acacia, ciprés revelaban sus misterios. Fue

iniciado por José, para encontrar las venas, los nudos y la resistencia para tratarla según su calidad, su blandura o su dureza como si estuviera viva, a lustrarla o trabajarla, con sensibilidad y respeto. De sus manos salían objetos para el hogar, ollas y cacerolas de madera de olivo, taburetes, mesas y camas, puertas talladas, donde se manifestaba su creatividad, e incluso otros objetos en bruto, vigas para la construcción, jambas de puertas o de ventanas. Su padre José le había enseñado el arte de construir: cómo dibujar una casa, cómo estabilizarla en sus cimientos y sus dinteles para no caerse, cómo levantar las paredes, lisas y blancas con la cal. Aunque no le gustaba salir a causa del trabajo, acompañaba a su padre a los alrededores. En Caná, Naim, Magdala, Cafarnaún, Betsaida había bastante trabajo. Incluso a Séforis, la ciudad más cercana a Nazaret, aunque la consideraban como la ciudad pagana, era un verdadero campo de trabajo, iniciativa de Herodes Antipas, que la quería como su capital. El trabajo y los contactos con los pueblos vecinos lo obligaban a aprender un poco el griego, la lengua más hablada en el Mediterráneo y un poco el latín, la lengua de los nuevos ocupantes de su patria, los romanos. Roma parecía un espejismo misterioso y distante. Todos los viajeros que la habían conocido, hablaban de ella como de una ciudad más grande y más rica que Jerusalén, llena de templos y palacios de mármol, estatuas y plazas, tan diferente de las ciudades de su tierra, de color ocre o blanqueadas con cal sin imágenes o estatuas prohibidas por la ley. Otra cosa eran las ciudades ocupadas como Cesárea, Sebaste y la misma ciudad de Séforis y las ciudades del mar, fuera de los límites de su tierra, Tiro y Sidón.

Roma se presentaba a veces, en su imaginación, como una bestia enorme que dominaba el mundo con la fuerza de su ejército y como una ramera religiosa, donde cada grupo se construía su dios y su templo según sus deseos y de acuerdo con sus intereses, encarnación de las imágenes que los profetas de su tierra habían aplicado a su ciudad, Jerusalén, y a su pueblo, tantas veces, infiel al Señor que les había liberado de Egipto. Poco a poco, había aprendido que los romanos habían puesto su mano sobre la tierra de Israel hacía más de 70 años, llamados para proteger el reinado de los Asmoneses y mantener la paz entre las diversas naciones vecinas. Después de una violenta guerra entre los líderes romanos, Pompeyo y César, Antonio y Octavio, este último, el ganador final, se convirtió en emperador con el nombre de Augusto, y había concedido que el rey Herodes reinaría de manera estable y

legalmente, integrado como un aliado y un sujeto dentro del gran Imperio de los romanos.

Cuántos sufrimientos le trajo esta historia: la pérdida de la libertad de su pueblo, la violencia contra su fe y cultura, incluso si los romanos no habían impuesto el culto a la personalidad del emperador, dios, hijo de los dioses, y había dejado la estructura religiosa, como la habían encontrado, con su templo, sus sacerdotes, sus grupos y estructuras de poder religioso y la sinagoga. Si Herodes, era en cierto modo, un aliado sometido a Roma, después de su muerte, la situación empeoró y fueron los mismos líderes judíos, los que pidieron a Roma depender del procurador legado imperial de Siria. Entre dos cabezas odiadas, la familia de Herodes y el emperador pagano, los dirigentes de su pueblo habían preferido someterse al más fuerte. A la muerte de Herodes, el reino había sido dividido en tres partes: Judea para Arquelao, Traconite e Iturea para Philipo y Galilea y Perea, para Herodes Antipas. Cuando tenía doce años, Arquelao fue destituido y enviado al exilio y para sustituirlo el emperador romano había enviado un procurador de la clase de los caballeros, que había aumentado el dominio directo de Roma en Judea y Samaria. Su tierra gobernada por Antipas, se mantenía bajo el control del imperio romano, que se hacía sentir de una manera absoluta. Con motivo de algunos disturbios surgía la rebelión y el tetrarca pedía la ayuda de sus dueños.

Se trabajaba para vivir, pero se trabajaba mucho, y por desgracia para ellos, los honorarios de los líderes locales y del imperio, eran costosos y se llevaban la mayor parte de las ganancias. Las tasas del rey, en las tierras, los productos agrícolas y la sal, los objetos de artesanía en venta y el comercio, agobiado por las aduanas, se añadían a los impuestos religiosos, al sostenimiento del Templo, la mayoría de los cuales eran para el mantenimiento de los sacerdotes, los impuestos de la Pascua, el diezmo de la cosecha, el diezmo de la caridad y del culto.

Si el trabajo no faltaba en el taller, siendo suficiente para una vida modesta y virtuosa, sin gastos más allá de lo estrictamente necesario, la situación de la mayoría de sus conciudadanos era pesada desde el punto de vista económico y no conseguían pagar sus deudas ni mantenerse libres de cargas durante mucho tiempo. Su padre José era muy paciente y no pocas veces cancelaba las cuentas no pagadas. Disculpaba a los deudores diciendo que eran más pobres que ellos. Muchas veces se veía a grupos de trabajadores sentados en la plaza de Nazaret y en otras ciudades cercanas esperando ser

llamados por algún dueño, para ir a trabajar al campo o a cualquier edificio. Los hombres llevaban sobre sus hombros la carga de una familia con hijos y un hogar donde la vida era difícil. La tierra de la familia, trabajada con el sudor de la frente y ganada después de tantos sufrimientos, había pasado a manos extranjeras o a la de los poderosos empresarios y terratenientes. Los pobres habían vendido sus tierras por falta de dinero o para pagar los préstamos contratados. Frente a esta situación sentía dentro de sí mismo un impulso de justicia que a veces se convertía en cólera contra esta vergonzosa realidad de su pueblo y de la ley. ¿No había dado Dios la tierra prometida a todas las tribus? ¿La alianza no decía que eran todos hijos de Abraham? ¿No era injusto, que algunos se aprovecharan y se enriquecieran sobre las espaldas de los demás, cuando muchos de sus hermanos padecían hambre?

La salida al trabajo los ponían en contacto con el mundo de los demás: griegos, romanos, latinos, árabes, etíopes, un calidoscopio de naciones que, por el comercio, por intereses políticos, y también religiosos circulaban entre los pueblos y ciudades de su patria, la Galilea, llamada también Vía del Mar porque era el paso obligatorio de las caravanas que iban a los puertos de Sidón y Tiro, poniendo en contacto la ciudad de Damasco con Jerusalén. Conocía a extranjeros honestos, temerosos de Dios, pero que no adoraban al Señor, bendito sea Su nombre, justos y caritativos, sin hacer daño a nadie. A veces hacía la comparación con sus compatriotas que se manifestaban religiosos y luego estafaban al prójimo, eran falsos y sembraban odio y discordia por todas partes.

¿Por qué entonces los otros, los extranjeros, los paganos no podían salvarse? ¿Por qué tantos pueblos no creían en el Eterno y habían inventado tantos dioses falsos? ¿No era el deber de su pueblo dar a conocer al Señor Eterno a los gentiles? Recordaba la historia del profeta Jonás enviado a Nínive. ¿No era necesario un nuevo profeta, no sólo para despertar la fe de su pueblo, sino para anunciarla a los demás? Recordaba el capítulo 19 de Isaías, donde se decía que una carretera pasaría entre Egipto y Asiría cruzando por medio de Israel y que todo el mundo reconociera al Señor. ¿Cuál es el camino para conseguir la salvación? ¿Sólo era el camino de Jerusalén y del Templo?

Le encantaba su trabajo pero, poco a poco, sentía que era necesario hacer un nuevo trabajo que consistiría en el compromiso de despertar a su pueblo de su sueño, de dedicarse para que todos conocieran la fe en el Eterno, que sintieran cada vez a Dios más

como su Padre. Se sentía llamado a una gran misión, reconstruir y renovar a Israel, y después, transformar el mundo y quién sabe, llegar al corazón de ese imperio, Roma, nueva Nínive. ¿El Padre lo llamaba a ser quizás un nuevo Jonás? ¿Sería él el profeta anunciador y constructor de una nueva forma de vida entre los pueblos, una nueva ciudad y una nueva tierra edificada sobre la fraternidad y la paz?

## VIII

### LAS OPCIONES POLÍTICAS Y RELIGIOSAS

Era ahora un hombre adulto, tenía 19 años y comenzaba a navegar, con su forma de pensar en el archipiélago de los grupos y de las facciones de su país, evaluando los contenidos y las actitudes con una mente crítica. Se le presentaba un panorama interesante y desagradable a la vez, de los diversos grupos más o menos importantes, que se situaban entre la política y la religión, dos esferas de la vida tan difícil de distinguir en la historia de su pueblo Israel. De hecho, había siempre pensado que su historia, como el despliegue de la presencia y acción de Dios, que había conducido a la conquista de la tierra, la victoria sobre los pueblos idólatras y la libertad. Sin embargo, vivía a menudo, esta visión teológica, para servir a sus propios intereses, los intereses de un solo grupo en conflicto con los demás y quizás incluso de todo el pueblo. Para tener una opinión, la más correcta posible sobre estos diversos grupos, intercambiaba a menudo sus impresiones con su padre José, que también le expresaba su amargura frente a la excesiva fragmentación de su pueblo y a la imagen resultante de las injusticias en diversos temas como sus autores, que ponían claramente al desnudo, cómo su pueblo estaba muy lejos del ideal de la ley.

Los dos primeros grupos que se presentaban como guardianes de la fe de los padres eran los fariseos y los saduceos. Estos últimos, parecían muy lejos de sus ideales y del espíritu de la ley. Aristócratas y ricos, más materialistas que los fieles, deseosos de imitar en sus hogares ricos el esplendor de los griegos y de los romanos, aunque en el exterior se mantenían leales al Pentateuco. Pensaban que el resto de los libros sagrados y las tradiciones de los Padres era una pura fuente de opinión. Estaban más interesados en su dinero y sus bienes, en la imposición de impuestos para los pobres

y hambrientos, dispuestos a venderse, para mantener el poder, al imperio romano, y al mismo tiempo lo odiaban profundamente en sus corazones. Perteneían a su clase, la mayoría de los sacerdotes del Templo, como el Sumo Sacerdote, descendiente de los sacerdotes de Sadoc, en el tiempo del Rey Salomón. No era una opción por fidelidad y sabiduría, sino una herencia familiar, como Ana, quien había asumido el alto cargo cuando sólo tenía 12 años o quizá antes. Pero él, incluso si lo quisiera, no podía ser sacerdote porque no venía de una familia sacerdotal. No era un aristócrata, incluso siendo su padre descendiente de David. No era rico, aunque su familia estaba en mejor situación económica que muchos otros. No, ellos no se sentían atraídos por todo esto y se encontraban a mil millas de distancia de su necesidad de verdad y de autenticidad de sentimientos con la gente sencilla y pobre. Eran honorarios exorbitantes, que se imponían a los pobres, en nombre de la ofrenda del Templo. La dureza del poder contra los débiles, manifestaba su falsedad, y en cierto sentido su miedo.

Por el contrario, los fariseos le atraían. Los admiraba, por su fidelidad a la ley y a las tradiciones, el conocimiento íntimo de la Torá, de los profetas, de la tradición (la Halajá<sup>18</sup>) y por su vida de austeridad y de oración. Ellos nacieron en el momento de la revuelta de los Macabeos, unos 200 años antes, y fueron llamados Hasidim, los piadosos, entraron en conflicto con la casta sacerdotal y con los reyes hasmoneos y tomaron el nombre de fariseos, los perusim, los separados de am-harez, los pobres, el pueblo de la tierra, y por lo tanto se transformaron casi en una casta en oposición a los saduceos. De hecho ejercían el poder sobre el pueblo y formaban el grupo más grande del Sanedrín, el gran consejo a la vez religioso y político de su tierra, compuesto de 71 miembros, entre ellos los sacerdotes, los ancianos y los escribas. Les admiraba porque llevaban una vida austera, dedicada a la oración en el templo y en la sinagoga, practicaban el ayuno según las normas, se dedicaban al trabajo y a su familia. Pero le molestaba su excesiva y falsa ostentación de las franjas y de las filacterias, del texto de la ley ligado en el brazo o alrededor de la cabeza, de sus oraciones en público y en especial de los pequeños detalles en la observación de normas de poca importancia, con actitudes que cada vez les separaban más de la

---

<sup>18</sup> Es la recopilación de las principales leyes judías, que incluyen los 613 mitzvot y más tarde las leyes talmúdicas y rabínicas así como las tradiciones y costumbres. En la bibliografía cristiana suele denominarse ley judía o a veces ley oral mosaica.

gente común y les hacían cerrarse frente a las necesidades y al dolor de la gente.

¿Cómo entender su obstinación en miles de abluciones, de purificación de las manos, cara, vajilla y vasos, en el miedo obsesivo de contaminarse, al tocar un herido o un muerto, o de alguien clasificado como impuro, como carniceros, funcionarios de aduanas, prostitutas, personas cuidando los animales, los médicos, los viajeros hasta el punto de pasar en medio de las personas como si fueran fantasmas para no tocar ni ser tocado por nadie? Cuanto más lo pensaba y más les observaba, sobre todo cuando iba al templo de Jerusalén, más se daba cuenta de que esta actitud creaba un abismo entre ellos y los demás. Ellos los santos, puros y perfectos, y los otros, los pobres del mundo, los marginados, los impuros y pecadores. Entonces, su admiración se transformaba en reacción y les clasificaba en su corazón como los saduceos y aún más como los saduceos, falsos, predicando bien, siguiendo fielmente la ley como sepulcros blanqueados por fuera pero llenos de orgullo, de envidia, de maldad y de podredumbre en su corazón. Más aún traicionando lo que era su verdadero compromiso de conducir a la gente: respetar el espíritu de la ley y la lealtad a la alianza. De hecho, estaban ejerciendo el poder sobre el pueblo y eran muy venerados por las masas.

Entre ellos se encontraban varios sacerdotes, no de la clase más importante, que asumía los cargos de Sumo Sacerdote, jefe supremo del Templo, y jefes de las secciones de impuestos de las 24 semanales y 156 al día, sino de los sacerdotes comunes muy numerosos, siete mil más o menos, divididos en 24 grupos. Algunos con un buen nivel económico, y otros con mucho menos, como su tío Zacarías. También la mayoría de los escribas y doctores de la ley eran fariseos, todos laicos, verdaderos maestros que transmitían e interpretaban la Torá y la tradición oral, recogida y transcrita por ellos. Algunos muy severos, fieles al pie de la letra para interpretar la palabra, otros más curiosos para buscar el misterio escondido detrás de la forma literal y creando midrash y ricos de imaginación en la interpretación pero a veces demasiado subjetivos. Había otros, como el famoso rabino Hillel, que murió unos años antes de su nacimiento, cuya reputación aún estaba presente entre los suyos, que permitía una interpretación más amplia de los mandamientos, y trataba de apoderarse el espíritu de la ley con sabiduría, invitando a todos a ser justos y fieles al don que el Señor les había hecho. Los escribas, con cierta reserva, parecían los más serios, ya que vivían de

su trabajo y no dependían de las ofertas y de los impuestos pagados al templo. Hillel había sido leñador, otros eran panaderos, otros zapateros. Su trabajo de interpretación y de educación era totalmente gratuito.

Sin embargo, todos ellos, aparte de pocas excepciones, sacerdotes y levitas, escribas y doctores trabajaban en el templo o en su entorno, y le parecían un tropel de ferias, en un harén, unos contra otros. Las pocas veces que se había detenido por unos días en la casa de su tío Zacarías había recogido sus confidencias amargadas de las intrigas y luchas internas para poseer la mayor parte de poder, en medio de acusaciones verdaderas o falsas, lo que creaba una atmósfera de denuncia y de odio mutuo. Jerusalén y su templo le parecían ahora aún más como Babel con su torre de locura que la ciudad del Señor Dios y del prójimo. Su primo Juan, era todavía más severo, le había confiado que nunca seguiría la tarea de su padre, y nunca se trasformaría en sacerdote del Templo, pero se marcharía lejos, cuando hubiera oído la voz del Eterno.

En Jerusalén, había conocido a otro grupo, un extraño grupo que no se parecía a ninguna experiencia anterior de su pueblo, o tal vez era una experiencia completamente nueva, la de los esenios en el desierto. En Qumran, a orillas del Mar Muerto, en el desierto de Judá, se habían reunido un grupo de hombres, algunos con sus familias, en una especie de casa, un verdadero monasterio cerrado, compartiendo su riqueza viviendo en común, siguiendo normas estrictas y severas. Como los fariseos, fieles a la Ley y a los Profetas, se sometían con una fidelidad total a las decisiones de su Maestro de Justicia. Sus ritos consistían, sobre todo, en abluciones sagradas, baños rituales que hacían dentro de recipientes preparados al efecto. Se dedicaban a la oración, eran enemigos de los saduceos y fariseos, sobre todo de los sacerdotes del Templo, que consideraban como los que habían vendido su fe para intercambiar favores políticos en contra de su sacerdocio y venderse a los extranjeros, odiaban a los romanos, que serían barridos de la tierra de Israel por el Mesías, el cuál vendría pronto y organizaría una rebelión como la de los Macabeos contra Antíoco IV Epífanes.

Pensar todo esto bien le hacía sentir cierta atracción por ellos: su vida seria, su espíritu de igualdad, el amor de la Torá, el banquete antiguo ritual de la Pascua, la crítica de los otros dos grupos y del Templo, todos eran laicos. Esta segregación geográfica, espiritual y política le hacía parecer distante de la gente, lejos de todo y de todos, enemigos de todo y de todos. Como su orgullo era

excesivo, al presentarse como los únicos y el único y verdadero de Israel. Especialmente en su espíritu de odio y de guerra escatológica que un Mesías guerrero declararía contra los romanos y los traidores. Le daba la impresión de que era la consagración de la masacre, de una violencia no sólo contra los enemigos, sino de una violencia del mismo Dios, el Señor, contra los pecadores, invocado para destruir y matar y no para cambiar el corazón. Su casa no era el desierto de Isafas, llamado a florecer. Desentonaba con la costa del lago azul, en la Galilea verde, que hablaba de la vida y resurrección. Tenía todo el sabor del polvo fino del desierto que sofoca el aliento y la violencia sin clemencia del sol que convirtió el Mar Muerto en una lápida de una tumba.

Conocía la formación secreta de otro grupo poniendo la violencia como el único medio e ideal de vida, los zelotes. Eran los hombres de la rebelión, los hombres de la daga, dispuestos a matar a cualquier persona que ellos consideraran un traidor a su ideal de nacionalismo teocrático, mesiánico. De vez en cuando surgía una revuelta encabezada por uno que se declaraba así mismo Mesías, enviado por Dios para liberar a su pueblo de la dominación romana. Cuando tenía 12 años, había oído comentar en voz baja entre los hombres de un tal Judá de Gamala, galileo, que, con el apoyo del fariseo Sadoc, había organizado una revuelta contra los impuestos excesivos de Antipas. Pero el levantamiento, había terminado en desastre. Recordaba en su región, la represión violenta de los soldados del tetrarca, con la ayuda de las legiones romanas enviadas por el prefecto de Siria Sulpicio Quirino, la invasión de las casas, golpeando y abusando de los que no revelaban donde se encontraban los amotinados. Tenía tanto miedo, pero su casa no fue afectada y su padre no había sufrido extorsión, aunque no informó a nadie. Antes de Judá, un esclavo de Herodes, Simón, había incendiado Jericó y se declaró rey-mesías. Incluso para él, el final fue amargo. Aparecieron aquí y allá, predicadores visionarios o curanderos que hacían algunos milagros. Todavía se hablaba en su patria de un tal Chon, Galileo, en el tiempo de la hasmonea, Hircano y Alexandra Salomé, que se había presentado como el profeta Elías haciendo caer la lluvia después de muchos días de sequía.

El resto de los grupos políticos y religiosos eran un montón de gente que se vendían por interés, como los llamados herodianos, unidos a la corte de Antipas, que después de la muerte de su hermano Arquelao, enviado por un tiempo a la Galia por el emperador Augusto, cultivaba la ambición de modernizar y unificar

bajo su mando en el reino de su padre Herodes, aprovechando su amistad con el nuevo emperador de Roma, Tiberio. Antipas, para agradecer al emperador, había planeado construir una nueva capital de su tetarquía Tiberíades en la orilla del lago, que más tarde cambiaría de nombre. Ninguno de estos grupos y aún más el último, no le satisfacía. Se sentía más de la parte de la gente de los pobres. Veía el sufrimiento y la muerte, la vida difícil, las tasas que debían pagar al templo, a los sacerdotes y a los romanos. Estaba cada vez más conmocionado por las masas de mendigos que deambulan por Jerusalén para vivir de la caridad, especialmente los enfermos y leprosos abandonados a sí mismos, abandonados y excluidos de todo contacto y ayuda, los locos por la posesión de un espíritu malo, reducido a las cadenas o que deambulaban desnudos y sucios en el campo, las mujeres consideradas como nada y abandonadas, con la decisión del divorcio por cosas triviales (sólo un alimento olvidado en la estufa y quemado) o forzadas a ejercer la prostitución para sobrevivir, los trabajadores que estaban esperando en vano a un amo que les llamara para unas cuantas horas de trabajo en sus campos y ganar una miseria de dinero para llevarlo a casa. Esta gente era la que amaba y estaba seguro que el Padre les amaba más.

## IX

### LA PATRIA

Amaba su país, su tierra y su historia. Él sabía que la gente esperaba al Mesías y que por lo general esperaban a un Mesías guerrero, para derrotar a los romanos y restaurar la libertad en Israel como en las épocas gloriosas de David o Salomón. Todo el mundo lo esperaba en secreto, algunos independientemente de la voluntad del Señor, querían ya preparar, a su manera, su llegada. Algunos entre tanto, incluyendo algunos fariseos, algunos en solitario y el grupo de los zelotes, habían comenzado a organizarse, poniendo en práctica la idea de la violencia, esperando que la gente se contagiase. Algunos de sus viejos amigos en el pueblo y de los países vecinos, habían hecho suyos esta elección y habían pasado en secreto, a formar parte de pequeños grupos, que se reunían en las montañas, un poco por convicción, un poco por falta de trabajo y un poco por rabia de la parte de los jóvenes, frente a un mundo injusto.

Uno de ellos, Simón, que conocía su rectitud moral y sus ideas de lealtad al pueblo, lo invitó a unirse al grupo. “No hay otro camino que el de la guerrilla, dijo, ven con nosotros a las montañas y comenzaremos la resistencia activa, a matar a los que apoyan a los romanos y luego, cuando estemos listos, organizaremos la verdadera y propia revolución”. Y decía también Simón: “Es muy posible que grupos leales a los fariseos y a los esenios, que esperan también a un mesías apocalíptico, se unan a nosotros y así la victoria será segura”. Él no estaba del todo convencido, no aceptaba la violencia, lo había comentado con su padre José, que también con su sabiduría le había confirmado sus dudas.

¿Quién tenía de hecho, tanto poder, armas y dinero para derrotar a un ejército tan numeroso y tan preparado como el del pueblo romano, contra el cual, pueblos más fuertes y bien organizados para la guerra, no fueron capaces de resistir? ¿Era esto lo que el Señor quería de su pueblo, o más bien un cambio de corazón, como lo habían predicado los profetas en otras épocas? ¿Valía la pena una carnicería tal, cuando los mismos líderes religiosos no sólo no estaban convencidos, sino también estaban unidos por sus intereses con los ocupantes? Pero tenía en el fondo de su corazón una raíz más profunda, que lo separaba de cualquier guerra y tipo de violencia. No sólo, no se sentía capaz de matar sino que, nunca había entendido las páginas de los libros sagrados, llenas de guerras, violencia y derramamiento de sangre, la lucha contra los pueblos vecinos, las guerras de Saúl y David, las guerras fratricidas entre Judá y de Israel, una serie de absurdos e innecesarios derramamientos de sangre que, en lugar de conseguir la libertad, habían desarrollado la esclavitud y la dependencia. Al final, sólo se consiguió la catástrofe de la muerte y la tristeza del exilio.

Siempre, desde pequeño, se había preguntado, escuchando las lecturas en la clase de la sinagoga, que si Dios era de verdad el Padre de todos, ¿qué clase de Dios guerrero acompañaría a su pueblo contra los demás pueblos, para ordenarles matar también a ancianos, mujeres y niños pequeños, para exterminar a ciudades enteras y condenarlas al fuego de la destrucción, o si no fueron los mismos escritores, que en su celo por su país y su pueblo, quienes le atribuyeron todo eso? Entendía muy bien que el Padre amaba a su pueblo sufriendo y quería verlo libre y cuando leía el Salmo 137, se conmovía hasta las lágrimas, pensando en sus antepasados que no podían cantar en una tierra de esclavitud, el recuerdo de Jerusalén: “¿Cómo cantar al Señor en una tierra extraña?”. Pero cuando llegaba

al final del salmo, su corazón y sus labios se paralizaban y no podía lanzar el grito de venganza, pidiendo al Padre la felicidad de aquellos que habían raptado a los niños en Babilonia, para estrellarlos contra la roca. Además, estaba ahora seguro de que un levantamiento para liberar su tierra de los romanos, incluso si hubiera triunfado, no iba a cambiar las estructuras injustas, arraigadas en el alma de la gente. El grito de los profetas Amós, Oseas, Jeremías, había llamado a su pueblo a la conversión por su infidelidad y su injusticia, no para oprimir a los pobres, a la viuda, y al huérfano, sino para pagar un salario justo y perdonar las deudas, resonaba con fuerza en su alma y se volvía más consciente de que su Padre quería la paz basada en la justicia, a partir de Israel hasta los confines de la tierra.

Cada día entendía más, que era un hombre de paz y llamado a anunciar la paz y pedir a su pueblo, no la guerra y la violencia, sino la justicia y el amor, la fraternidad y volver a practicar la Ley del Padre. No estaba interesado en la victoria de las armas poderosas, sino en la victoria sobre el mal en cada corazón humano, la victoria sobre la opresión y la tiranía, sobre la indiferencia y el odio. Estaba profundamente convencido de que, no se podía y no se debía hacer caso de la letra de una ley que establecía la pena de muerte contra los que ofrecían por debilidad o miedo a sus hijos a una divinidad, contra los que hacían sacrificios a los ídolos, contra las mujeres pobres pilladas en adulterio, contra los que habían tenido relaciones sexuales con sus parientes más cercanos. No podía ser la ley del Padre de la vida el ofrecer lavar la vergüenza y la violencia con más violencia: ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Era necesario romper el ciclo de la violencia, tanto entre individuos como entre los pueblos. Había oído, que el mismo rabino Hillel, había ya modificado la ley al enseñar, que no se debe hacer a otros lo que uno no quiere que otros le hicieran, pero pensaba que era necesario ir más lejos, amar hasta incluso al enemigo, era preciso superar la violencia con el amor y si alguien te pedía acompañarlo en la calle de recorrer con él un tramo mucho más largo de lo pedido.

Deseaba la paz con la justicia no sólo para su pueblo sino para todos. ¿No fue la hija del Faraón a recoger la cesta flotando, en la que yacía Moisés párvulo para salvarlo de la muerte, traspasando la ley de su mismo padre? ¿No fueron las mismas parteras de Egipto las que se negaron a matar al nacer a los hijos de los judíos? ¿Balaam, el mago, enviado para maldecir a las tribus de Israel, no había aprendido de su mula, que en lugar de eso, el Todopoderoso le

había enviado a bendecirlos? ¿No fue el profeta Elías enviado a la viuda de Serepta para salvarla y a su hijo de una muerte segura? ¿No fue por la sugerencia de una muchacha pobre que el general sirio Naamán fue a visitar al profeta Eliseo para ser curado de la lepra, y purificado por las aguas del río Jordán? ¿No se envió a Jonás a la gente de Nínive la ciudad odiada para invitarla a escuchar la palabra y convertirse? Israel definido por los lazos de sangre y la fe religiosa, la circuncisión y las obligaciones rituales, por la tradición y los confines del antiguo reino, por el templo y el libro, se extendían delante de él y en su corazón se convertía en el mundo de los justos, de todos los hombres llamados a transformar su corazón de piedra en corazón de carne, de todos los invitados a convertir las espadas en podaderas, para encontrarse como hermanos, y todos estaban invitados a la fiesta preparada no sólo en el monte de Sión, sino en cada colina construida por los corazones que adoran al Padre en espíritu y verdad. Cada vez más se sentía llamado a ser otro Mesías, un Mesías completamente diferente de las expectativas: Hijo de Dios para reunir a los hijos dispersos y construir una fraternidad universal.

## X LA ELECCIÓN

Por algún tiempo había llegado a la edad en que los niños y las niñas se observan, se estudian guiñando un ojo y se reúnen pensando en el amor y en la manera de formar una familia. Es cierto que la tradición no dejaba elegir un cónyuge que no fuera el que los padres habían decidido en su tiempo y celebrar el contrato hasta llegar a la edad del matrimonio, o sea a partir de los 13, 14 años para las niñas y de los 18 para los varones. Pero el ojo y el corazón querían cumplir su papel y entonces se podría intentar forzar la elección de los padres. Él, sin embargo, a los 22 años, no pensaba casarse y lo había ya hablado en su hogar. Pensaba en una vocación un poco similar a la de los antiguos profetas, al igual que Jeremías o Jonás, pensaba en la elección de algunos de los esenios, de elegir el celibato, y presentaba también a sus padres el ejemplo de su primo Juan, que no estaba casado aunque, en general, la opinión pública de la gente le parecía una elección extraña.

Podría estar casado como tantos rabinos o tantos profetas, sin embargo, él sabía que su Padre, el Señor tenía para él varios

proyectos. Tanto María como José lo habían entendido y no solían hablarle del tema, recordando en sus corazones todos los eventos del pasado y los signos ocurridos en el momento de su nacimiento. Habían aprendido a guardar el más absoluto silencio respetuoso frente a sus proyectos y sus pensamientos secretos, tanto en su niñez como ahora que ya era un hombre formado. Era hermoso, no una belleza única o excepcional, algunos otros de sus amigos eran aún más hermosos que él, pero la belleza de la figura humana es siempre muy subjetiva. Tenía los rasgos dulces y los ojos de su madre María, ojos que revelaban una profunda intensidad humana y espiritual. De cuerpo delgado y sano, acostumbrado a una vida de trabajo con su padre, bronceado por el sol, se había formado poco a poco en una vida sencilla, seria, incluso austera, sin defectos ni excesos que los impuestos por la ley, como la observaban en la casa de Nazaret. Muchas niñas en el país lo querían como esposo, muchos padres lo habrían elegido para sus hijas, el hijo de María y José era un buen partido, un hombre trabajador y sabio. Lo revelaban las chicas en sus miradas, en sus sonrisas fugaces, en sus secretos compartidos y en sus comentarios susurrados entre ellas cuando iban a sacar agua del pozo durante las vacaciones o durante las fiestas en el país.

Lo comentaban los padres en sus conversaciones en la calle o en la puerta. Un hombre sólido y honesto con un buen trabajo, una familia que lo apoyaba y que todos admiraban por su lealtad, unidad, respeto y sensibilidad en el trato con los demás. El carpintero Jesús tenía una actitud abierta en el trato con todas las mujeres, les trataba con el máximo respeto y con una mente abierta pero sin mostrar un mínimo de interés implícito que pudiera expresar el inicio de un acercamiento amoroso. Lo entendían y se sentían libres y en paz con él más que con cualquier otro joven. Él tenía algo diferente. Nunca había hecho nacer en algunas de las chicas un deseo oculto, una quimera que no fuese la simpatía, la amistad y el amor sincero y abierto, lo de un verdadero amigo a imitar más que de un amante, la sabiduría de un padre más que de un esposo, de un padre atento a sus hijos. Alguna vez invitado por los jóvenes del pueblo, nunca se había juntado con ellos para ir de juerga en aventuras con las prostitutas famosas de los pueblos cercanos. Tenía una idea de la mujer demasiado alta y respetuosa, no podía considerarla ni verla, como a menudo lo hacía la misma tradición, un subproducto, un objeto a utilizar, a veces menos importante que otros bienes de la casa.

Pero participaba con plena disponibilidad y alegría en las fiestas. Varios de sus amigos ya habían celebrado su boda y lo habían invitado. Siempre era una fiesta bella donde participaba plenamente y con intensidad. Formaba parte del grupo de los jóvenes junto al esposo, vestidos de ceremonia, que iban a la casa de la novia, donde sus compañeras esperaban ante la puerta con las lámparas encendidas, todas vestidas con ropas bordadas, el velo sobre el rostro y la cabeza coronada de guirnaldas de flores, pendientes para introducir el grupo del novio en su casa. La puerta se abría y la novia parecía inmersa en un mundo de luz y color.

Con el canto y el baile, jóvenes y chicas acompañaban a la novia y al novio a su casa. Allí, la novia era introducida en el tálamo nupcial. Entonces comenzaba la música y el baile, las chicas tocando pandeteras. Comenzaba el banquete, corría vino en abundancia y traían comida sin parar. Todo el pueblo y muchos de los vecinos participaban. Se sentía a gusto, disfrutaba de la boda, no como suya sino como un deseo profundo, la imagen de muchos de sus sueños, nacida de la lectura de los profetas, especialmente de Isaías, en donde no sólo del pueblo, sino de Galilea, Samaria, Judea e Israel, y también más allá del Jordán, más allá del mar, todos los pueblos acudían invitados a la fiesta preparada para todos por su Padre. ¿Era sólo un sueño? ¿Cuándo se iba a cumplir lo escrito por el profeta Isaías, el banquete mesiánico en el Monte Sión?

Ya hecho un hombre joven, de las fiestas del pueblo, aparte de las que atraían más la imaginación de la juventud, prefería la Pascua, celebración familiar, en una intimidad profunda, pero también llena de sentido como promesa. La liturgia era solemne. El celebrante, el jefe de la familia. José la celebraba con una dignidad peculiar cuando levantaba la copa para las bendiciones repitiendo de memoria la oración, cuando se cantaba el Hallel. Entonces delante de él todo se transformaba, como si las paredes de la casa se abrieran dejando ver las casas del pueblo marcado por la sangre del cordero, veía a las familias preparadas para empezar un largo viaje en el desierto, oía los murmullos y los gritos e imaginaba esta peregrinación hacia la libertad, una aventura a punto de empezar sin saber de donde ni adonde. Pensaba en el desierto de su corazón y en las palabras del profeta Isaías, el Siervo conducido al matadero, como el cordero pascual, sin un murmullo, como el macho cargado de todos los males y pecados de la gente en la fiesta de la Purificación, liberando a todos de la esclavitud. ¿Tal vez era él, el siervo, el cordero, la Pascua? Buscaba una respuesta más allá de la

fiesta para averiguar lo que le decía el Padre en el silencio y en la soledad. Lejos del alboroto, él hablaba con su Padre.

Poco a poco entendía que tenía en su corazón una profunda familiaridad: era su Padre. Este “su” adquiría cada día más la seguridad de que procedía de Él, que era su hijo, viviendo de su propia vida y sentía el soplo del Espíritu que lo conducía ahora hacia su meta. Sentía por dentro, como un río subterráneo, movido por la fuerza de la vida divina, recogida y oculta durante tanto tiempo y que quería ahora estallar como un volcán. Recordaba y recogía en fragmentos de fuego y luz los acontecimientos de su vida desde su nacimiento hasta ese momento y sabía que todos se unían por hilos de oro de la vida divina y Él tan pequeño, tan pobre, tan desconocido era el puente entre la orilla del Padre y sus hermanos, los hombres. Empezaba a darse cuenta de lo temible y grande que era su misión, la misión cargada sobre sus espaldas y comenzaba a amarla como su único y auténtico tesoro. Entonces gritaba: Padre me abandono a ti. Padre, dame la fuerza para empezar. Padre, hazme saber la hora. Padre, hágase tu voluntad. Yo doy mi vida por mis hermanos. Salía de la oración agotado y cansado, pero con una paz tan profunda que ninguna otra fiesta le hubiera conseguido.

## XI LA MUERTE

Había vivido muchas muertes de familiares y amigos. Los abuelos habían muerto en paz, rodeados del cariño de sus hijos y nietos. Recordaba vagamente su partida hacia el reino de los muertos, como decía la gente, o más bien para la casa del Padre como él siempre lo había pensado. Algunos de sus amigos también habían dejado esta vida, uno de ellos, llamado Juan, fue contagiado por una grave enfermedad que los médicos no habían sido capaces de diagnosticar y se había ido poco a poco en un dolor indescriptible. Él había estado cerca de él todo lo que le había sido posible, con un profundo amor, hablando del Padre del cielo, de la gran paz en una tierra donde no habrá más penas ni lágrimas y donde la muerte ya no tendría ninguna fuerza. Murió sonriendo, cogido de la mano, y apretándola fuerte y él había llorado en silencio y hubiera deseado que la savia de su vida oculta se hubiera transmitido por medio de su mano a su amigo y renovando su vida y su fuerza, pero no podía,

sabía que aún no era la hora de dar a luz con signos externos lo que mantenía encerrado en secreto.

Otro de sus amigos de Nazaret, llamado Judá, había muerto trágicamente. En una loca carrera de mulas con otros amigos había perdido el control del caballo y fue arrojado por un barranco, donde lo habían recogido sin vida. El funeral fue triste, aún más doloroso por el grito estridente de las mujeres que cantaban el canto fúnebre. Su madre y su novia, con quien se suponía que se iba a casar dentro de unos días, llenas de dolor y desesperación, se habían desmayado. Familiares como la gente del pueblo se habían sorprendido por este accidente tan repentino que había destruido la vida de un joven y de su familia. Con su madre y José, habían participado estrechamente, y había visto en sus ojos al apretarles la mano que su madre, María, estaba pensando en él, por temor a que pronto, pudiera pasarle una desgracia.

La muerte que siempre lo conmovía más era la muerte trágica de los ladrones, de los presos y de los rebeldes. Su pueblo condenaba a muerte por lapidación y los romanos por crucifixión. No sabía cuál de las dos era la condena más atroz e inhumana. Recordaba la escena impactante cuando de muchacho, vio a una mujer que lapidaban en la plaza de su pueblo. Había visto otras lapidaciones de ladrones o de bandidos, y ¡había tantos en ese tiempo en su tierra! La escena permanecía grabada en su corazón como hierro al rojo vivo, el rostro de los lapidadores, los ojos llenos de odio, expresando su desprecio y su inhumanidad hacia los miserables así como su sed de venganza. Las cruces eran el patíbulo según la ley de ocupación de los romanos, aunque su padre José le había contado que unos ochenta años antes de su nacimiento, el rey Alejandro Janneo había crucificado a ochocientos judíos en Jerusalén. En una de las peregrinaciones a Jerusalén con sus padres, había visto en el monte llamado Calvario, a las afueras de las murallas, saliendo por la puerta de Efraín, una docena de cuerpos de prisioneros ejecutados desnudos, los brazos y los pies clavados al patíbulo en forma de T.

Algunos ya estaban muertos, otros moribundos, abandonados a la inclemencia del tiempo y a las agresiones y torturas por la parte de los buitres. La muerte de los crucificados, el comercio ignominioso de los esclavos, le hacía sufrir y al mismo tiempo le parecía como un presagio de lo que iba a sucederle cuando llegase su hora, consecuencia del grito profético por la justicia contra el mal que ahora parecía a punto de estallar en su pecho. Su madre se acercó y lo abrazó y le cayeron algunas lágrimas, pensando

en el dolor de las madres de esos desgraciados. ¿Por qué tanta violencia? ¿Cuál era la diferencia entre el odio de los suyos frente a estas pobres mujeres en flagrante delito, y contra los ladrones miserables, y el odio inhumano y sarcástico de los romanos contra los ladrones, asesinos, rebeldes e incluso contra los simples visionarios que se reunían alrededor de estos grupos de miserables buscando un futuro mejor?

Llegaría el día de una muerte parecida y sin embargo diferente de las demás que le permitiría comprender el significado profundo de la muerte y señalando de una manera definida su camino. José, su padre, al regreso un día de trabajo se sentía mal. Un dolor punzante en el pecho, la garganta le impedía respirar y un sudor frío por todo el cuerpo le había dejado sin fuerzas. No era mayor, tenía un poco más de sesenta años, pero sabía que su hora había llegado. El corazón, lo tenía cansado por la dura vida de los trabajadores, la preocupación por su familia, su hijo y su misterio, pues no entendía el camino de dolor de su pueblo y de su país, lejos de los caminos de los antepasados. No había mayor desafío. María preocupada se había quedado cerca de él e intentaba con hierbas medicinales devolverle la salud. Pero entendía que su estado era grave por lo que su madre le había mandado aviso para que volviese sin tardar del trabajo que estaba haciendo. Él vino aprisa sin aliento. Su padre, se encontraba en cama, pálido y lo miró entrar con una sonrisa triste y tierna a la vez.

Esa mirada y sus últimas palabras se quedaron grabadas para siempre: Hijo os dejo. Mi tiempo ha llegado y me pongo en las manos del Señor. Bendecid su nombre. Te he acompañado con tu madre hasta este momento de tu vida. Ahora eres un hombre y estás preparado para lo que el Señor ha dispuesto para ti desde la eternidad. Te di lo que pude y me quedé con el silencio y el amor de este misterio en los signos que acompañaron a tu nacimiento. Ahora puedo decir como el anciano Simeón: “Ahora Señor dejar que tu siervo se vaya en paz porque mis ojos han visto la salvación de Israel”. “Sé que estas marcado por el Eterno y que después de mi muerte comenzarás tu misión. Sólo me queda una pregunta sin respuesta: ¿Quién eres? Pero no importa, no quiero que me respondas, y tal vez tú mismo no tienes la respuesta. Sólo sé que te he acompañado y amado como un padre, por este amor te dejo hacer tu camino. Sé con certeza que es el camino que el Todopoderoso te ha indicado por amor para con nosotros y nuestro pueblo”.

Que se haga su voluntad. “Después se había dirigido a María que lloraba en voz baja: “No llores, María, has sido elegida para una misión grande y yo era tu compañero afectuoso sin entender bien, sin entenderlo todo. A diario guardábamos en el corazón nuestros secretos, preguntas, dudas y temores de todo tipo, pero ahora todo está claro: hemos hecho lo que Él quería de nosotros, éramos y más aún ahora, los siervos humildes del Señor. Alabado sea su nombre, que ha hecho maravillas en nosotros”. Le escuchó en silencio, una lágrima cayó y humedeció la mano de su padre apretada con la suya, hasta que los ojos del hombre justo se apagaron poco a poco, sus labios aún balbuceaban algunos versículos del salmo, inmóvil, hasta que el cuerpo del maestro carpintero se quedó inerte. Él y su madre abrazándose se quedaron en un silencio sagrado: Había muerto, un santo, un temeroso de Dios Altísimo, el esposo y el padre fiel, el patriarca sabio que había guardado el misterio en su humilde hogar en Nazaret. Él y su madre se pusieron a cantar juntos: “Alaba mi alma al Señor, lo alabaré toda mi vida. Bienaventurado quien encuentra su ayuda en el Dios de Jacob, cuya esperanza es el Señor su Dios, Creador del cielo y la tierra”.

La muerte de José dio un nuevo impulso a su vida. Tras unos días de visitas de familiares y el funeral (simple y solemne, entre cantos de salmos y sin el llanto de las mujeres) al que habían asistido tantas personas y no sólo de Nazaret. Una vez puesto en la tierra (no era posible tener una tumba familiar con una estela o incluso un monumento) el cuerpo de su padre, cuidadosamente perfumado con incienso y mirra y especias preparadas por María, fue para él el momento de tomar una decisión. Había captado el significado de la muerte y de la vida, ahora era el jefe de la casa y del trabajo que había iniciado su padre, era el principal responsable de su madre. Su oración, especialmente por la noche se hacía más intensa y el amanecer de su nueva misión empezaba a dibujarse. Habría que dedicar algunos años para poner las cosas en orden y preparar a su madre sobre su marcha así como disponer que se quedase cerca de sus parientes en Nazaret al tiempo que había que pensar en sus necesidades. Entonces sería el momento que el Padre le había marcado. Comprendía que su madre lo miraba todos los días con la ansiedad del corazón materno, adivinando con el sentido misterioso del amor el inminente cambio en su vida. Al intercambiar con ella la mirada, sufría. Sufría por tener que dejarla, se daba cuenta de lo que ella sabía o sólo intuía. Pero la llamada interior le decía que había

llegado la hora y era preciso ser fiel a pesar incluso del amor profundo e intenso que le profesaba a su madre.

En el momento de su partida, en la misma puerta de la casa que le había visto crecer, donde había aprendido a amar, la había abrazado y dado besos. «Madre, la voz del Padre me está llamando. Ahora vas a darme la vida por segunda vez en el dolor y en el camino de la vida. Sólo el Padre que te ha elegido por amor me para realizar su voluntad. Estoy seguro de que nos encontraremos y estaremos juntos para siempre. Su madre con lágrimas, no había podido decir otras palabras, que la antigua bendición de los padres, “Que el Señor te bendiga y te guarde. Que brille su rostro, se fije en ti y te conceda su gracia”. Y se quedó en la puerta de la casa, ahora vacía, mirando a su hijo, carne de su carne, vestido con la túnica que había cosido, inmerso en el misterio de la historia del Padre Altísimo, la bolsa a la espalda y el bastón en la mano, hasta que desapareció detrás de la curva de la colina.

## XII

### EL DISCÍPULO DE JUAN EL BAUTISTA

Tenía 33 años y se enteró de que Juan, su primo, mayor que él un año, se había retirado al desierto más allá del Jordán, cerca de Betania. Había empezado a bautizar a una multitud de penitentes que acudían atraídos por su figura y su palabra. Al principio creía que Juan se iba a agregar a los esenios, encerrados en su monasterio tan cerca de donde estaba Juan bautizando, pero más tarde cambió de opinión según las noticias de algunos que se fueron allí y le habían informado de las palabras y de los gestos del profeta ermitaño. El bautismo de Juan era un bautismo similar a la ablución ritual de los esenios, no seguía las reglas del Maestro de Justicia, no le gustaba esta pureza aristocrática selecta, pero la acogida de todos y de cada uno, incluso de los soldados, siguiendo las huellas de los antiguos profetas, llamaba a la conversión del corazón para encontrar el camino de la justicia, el camino de la palabra de Dios. Aunque su estilo apocalíptico a veces molestaba a algunos bien pensantes su palabra era profética. Tantos predicadores y visionarios se encontraban en Israel, pero hacía tiempo que no resonaba la palabra de un profeta como antes, hasta el punto de que se creía que la palabra del Señor se había acabado con los últimos profetas, Zacarías y Malaquías. En cambio, de nuevo la voz de Juan estaba ahí,

expresándose con fuerza hasta el punto que muchos creían que era Elías resucitado que había regresado a la tierra para preparar la inminente venida del Mesías.

Iría con él. No era sólo la curiosidad por ver a Juan lo que lo impulsaba. Sabía que algunos de su pueblo, entre sus viejos amigos, se habían ido con él para encontrar una palabra nueva y sus propios caminos. Era como una llamada, una voz profunda que le empujaba. Le gustaba el estilo y el gesto de su primo, lejos del templo, lejos de los centros de poder, abierto a la multitud, a todos, especialmente a los pobres y a los que eran clasificados de pecadores por la aristocracia religiosa. Después de un largo viaje evitando Jerusalén llegó a Betania siguiendo el curso sinuoso del Jordán. Pensaba en el camino de su vida, rezando, pidiendo a su Padre la luz, más luz, para no equivocarse en la realización de su misión. Al llegar al lugar donde Juan estaba bautizando se había unido a la multitud, oraba y esperaba, escuchaba la palabra fuerte y sincera del profeta, se había quitado la ropa como los demás y se sumergió en el río fresco. ¡Cuántos recuerdos de los padres llevaban las aguas de ese río! Moisés no había podido cruzarlo, mirando desde la montaña a la tierra prometida y a su pueblo, Josué había entrado en la tierra con las tribus, al caer Jericó, al son de las trompetas. Ahora estaba allí, delante de su primo y no podía entender su miedo a bautizarlo. Sin embargo, había cedido a sus ruegos.

Cuando dejó caer el agua sobre su cabeza, bañándole el rostro y el cuerpo, como un penitente entre tantos, identificándose totalmente con la gente pecadora en unos desposorios espirituales, había oído claramente la voz de su Padre que lo presentaba a Juan y a los otros: “Éste es mi Hijo, el amado, escuchadlo”. Él lo escuchó claramente, de eso, estaba seguro, pero a lo mejor otros lo habían confundido con el ruido del trueno. Estaba seguro de que Juan había entendido algo porque lo había llamado “Cordero de Dios”, lo había presentado a la multitud como alguien que hubiera bautizado en el Espíritu diciendo que no era digno de desatar las correas de sus sandalias. Recordaba que era la segunda vez que al encontrarse con Juan, se había manifestado sobre él el Espíritu, la primera vez fue aquel salto de alegría en el seno de su madre Isabel al encontrarse con su madre María. Pero sentía que eran diferentes y nunca se hubiera quedado con su primo en el desierto continuando con lo que él había empezado. Algunos de los discípulos de Juan que eran de su pueblo y con quienes había jugado de niño o visto en algunas fiestas del pueblo, o en la boda de un amigo común, o en una peregrinación

a Jerusalén o en sus desplazamientos al trabajo, sin haber oído la voz o comprendido el significado de las palabras del profeta, se habían puesto de su parte para saber cuales eran sus intenciones, pero él les había pedido que esperaran. Todavía necesitaba dar un último paso, necesitaba retirarse solo para pensar y orar en el monte cercano. Él necesitaba comprender mejor la voz. Juan le había dado el impulso, lo había consagrado, lo había presentado a la multitud como el que tenía que venir. Juan marcaba la distancia entre el anuncio y el cumplimiento, la voz que clama en el desierto y la Palabra que hace florecer, la llamada al arrepentimiento y al florecimiento del reino de la misericordia, de la justicia y de la paz.

### XIII

#### LA DECISIÓN DEL MONTE

Ahora se encontraba solo en el silencio de la naturaleza, en este cerro pelado, tan diferente de las verdes colinas de su tierra natal, delante del Padre, delante de Israel, delante del mundo, frente a sí mismo y delante del príncipe del mal. Pasaba los días y las noches, quemado por el sol y el viento, aterido por el frío que invadía los huesos en la oscuridad de la noche. Se encontraba solo, en el silencio infinito que lo rodeaba recordando el camino de su vida, los relatos de su madre y su padre sobre su nacimiento y sus primeros años de vida, la etapa de las tres décadas pasadas en Nazaret, en casa de sus padres, sintiendo el consuelo de la presencia intensa y vigilante de su madre y su atención amorosa y la sabiduría de su padre, el trabajo cotidiano junto a ellos, la educación para la vida y el amor, haciendo la voluntad del Padre. Recordando los dolores y los sufrimientos de su pueblo oprimido, marginado, violado, sentía las espinas en su carne. Sufría, en el fondo de su corazón, toda la amargura por los pastores mercenarios, los gobernantes y las autoridades con un corazón de piedra, sin compasión, lejos del espíritu de la ley. Veía delante de él a los muertos, todos los muertos, crucificados y apedreados, todos los que mueren súbitamente, aquellos enfermos terminales, los que mueren en el olvido o la violencia. Se encontraba al lado de la cama del justo, su padre José a punto de morir, para escuchar sus últimas palabras. Se encontraba al final de un camino. Ahora se enfrentaba al último salto, el más difícil. ¿Pero cuál y cómo? Todos los días de su vida habían estado llenos de preguntas e incertidumbres pidiendo al

Padre que le enseñara el camino a seguir. Descubría cada vez con más lucidez la realidad oculta en el silencio y en la vida cotidiana en Nazaret, para ser el Hijo amado del Padre, con una misión única y absoluta. Ahora estaba aquí resonando aún en sus oídos el sonido de las palabras pronunciadas cuando el agua del bautismo cayó sobre su cabeza, con los ojos la visión del Espíritu que volaba sobre su cabeza como la paloma de la paz y del amor: “He aquí el Cordero”.

En cada hora del día y de la noche, repetía el canto de los salmos y en el silencio hablaba con el Padre para pedirle luz y fuerza, para cumplir el camino hasta la meta, entregándose completamente a su voluntad. Su oración se convertía en un aliento y un grito, de una tal intensidad que lo hacía temblar, lo sacudía hasta lo más profundo de sus entrañas y luego volvía a ser tan leve como el aliento de un niño que se abandona en los brazos de su madre. A veces parecía estar al borde de un abismo cuyo fondo no veía, cayendo y cayendo sin poder gritar, sin nadie para oírle, ni siquiera un perro para acudir en su ayuda. Después se sentía invadido por una sensación de paz profunda, incluso siendo una paz llena de preguntas y heridas por problemas nunca carentes de esperanza.

Un día, en vez de la voz del Espíritu del Padre, se había oído la voz engañosa y maligna de otro espíritu, antes espíritu de luz y ahora espíritu de tinieblas. Parecía dulce sugiriendo propuestas atractivas y no del todo desechables. Tenía hambre y sed después de largos días de ayuno en una tierra arrasada y el tentador le ofreció la propuesta de convertir las piedras en pan. Se hubiera alimentado y hubiera sido el comienzo de una revolución social maravillosa, habría derrotado el hambre de su pueblo y el hambre del mundo. ¡Cuántos lo hubieran seguido como discípulos y hasta lo hubieran hecho rey! ¿No estaba también entusiasmado con la figura de José en Egipto habiendo hecho posible dar de comer a todo el mundo y así convertirse en representante del faraón? ¿Sería más que José? ¿Por qué no pensar en los niños que mueren de hambre, sus rostros demacrados, sus manos extendidas? Si hubiese convertido las piedras en pan habría hecho felices a todos.

Había oído propuestas de mayor altura, subiendo a la colina, por encima del pináculo del templo, para estar con su Padre, para encontrar la felicidad más allá de la tragedia humana y su espíritu de mezquindad. El demonio le había ofrecido saltar desde la cima, para experimentar la emoción de la libertad ante cualquier ley natural, volar como los pájaros, libre para ponerse en medio de una multitud jubilosa. Habría experimentado un poder único, ganaría para su

causa, con una emoción única, a la multitud, sin esfuerzo, sin dolor, sin compromisos. Habría sido el mago de la humanidad, ofreciendo milagros sin fin, la magia de una sociedad de riqueza y de consumo, un sinfín de juegos y de sueños realizados con un toque de varita mágica. ¿No era un admirador de Moisés que con su báculo había abierto el mar e hizo surgir el agua de la roca? ¿Sería mucho más que Moisés? En lo alto de la montaña como Moisés delante de la tierra prometida, sentía la llamada a ser el liberador de su pueblo, sentía la llamada de su pueblo esperando que el nuevo David, el rey de la paz y la palabra, del profeta que veía a Jerusalén como el centro del mundo en donde todos los pueblos se inclinarían delante de él, el Mesías. El espíritu de la oscuridad le había sugerido que fuera su discípulo, un discípulo de poder, adorar este poder que había dado en migajas a Augusto, a Tiberio, a Herodes Antipas “el zorro”, y que sería todo suyo. Se convertiría en el amo del mundo, el león de Judá, el gobernante de las naciones.

No, respondió. No, gritó. El pan se gana con el sudor de la frente, como lo había ganado durante tres décadas, como lo había aprendido de José y el pan sin la Palabra de Dios, sin el hambre de justicia, sin el hambre de fraternidad, sin el deseo del pan esencial que es el amor, sólo sirve para crear divisiones, venganza, engaño y violencia. Los milagros si no son fruto de la fe y de la pasión por el sufrimiento humano, si no nacen de un deseo de servir a su padre y a los hermanos, son sólo orgullo espiritual y conquista mágica de las multitudes por una religión egoísta, llena de pretensiones. El verdadero milagro es la vida entregada, es el amor que nace cada día, es la vida que sólo el Padre ofrece a todos. Quien piense apropiarse del poder de Yahvéh es un tentador, que planea ganar a otros con los milagros, es un charlatán o un falsificador. ¿Quién puede ejercer el poder sino sólo Dios? El poder viene del amor del Padre y se manifiesta en el don de su vida y de su espíritu, nunca en la opresión. Quienquiera tomar el poder quiere ser la máscara y el títere que sustituye al Padre. Quien adora a estas marionetas que se convierten en ídolos se aleja del amor del Padre y se vende al abuso y al asesinato. Quienquiera ejercer el poder en el nombre del Padre, debe ser el siervo de sus hermanos.

No, su camino era diferente: el amor, sólo amar, servir, seguir la voluntad del Padre que quiere a todos sus hijos, incluso a los más alejados, a los más malvados, el amor hasta el final si esto significa entregar su vida. Entonces comprendía perfectamente el cordero del sacrificio de la Pascua, el cordero llevado al sacrificio,

comprendía el siervo sufriente de Isafas, comprendía que era el profeta itinerante, un amante de los pobres y de los pecadores, capaz de conmovier a los poderosos y a los ricos, llamando a todos a la conversión. Había ya tomado la decisión. Aquí estoy.

Delante de él, veía el desierto y el Jordán: no era aquí donde empezó, ni donde iba a terminar. El desierto era un hermoso recuerdo, el lugar de la infinita soledad en la contemplación, pero para él, era sólo un momento. Su lugar verdadero era el camino, yendo de pueblo en pueblo en medio de su pueblo para anunciar la buena nueva. Delante de él, el monasterio de los esenios era un lugar de oración, el ritual y la vida de la comunidad esperando al Mesías apocalíptico. No era su vocación. No sería el religioso a la espera de la reunión final, lejos de todo y de todos, sino el consagrado del Padre entre la gente, sufriendo y orando por ellos y anunciando el día de Dios. Detrás de él se encontraba Jerusalén y el Templo. Sí, le gustaría llegar allí, pero no de inmediato, no para hacer del templo su casa, ni de Jerusalén, que también amaba intensamente, su patria. Llegaría al final, en el momento que ofrecería su vida a los suyos y poner su espíritu en las manos de su Padre. Lejos de Nazaret, el lugar querido, adonde volvía a ver a su madre y a recoger a sus primeros discípulos, pero sin conseguir nada más. Patria de la cual nacería otro Nazaret, no el de sus conciudadanos, ya sabía que no lo entendían, sino el Nazaret de pequeñas comunidades de fe y de amor, repartidas en todo el mundo, lugar de la Palabra y de la Pascua, levadura de la fraternidad y la paz.

Alrededor, en todo su alrededor, veía el mundo, los pueblos, la historia, la creación, el universo inmersos en una paz profunda y total y al mismo tiempo, lleno del deseo de bajar para decir a todos que el Padre quería invitar a todos a seguirle. En un acto de fe clara, miraba a las estrellas que lo escuchaban con asombro: «Yo soy el camino que conduce al Padre, la única y verdadera palabra que viene del Padre, yo soy la vida plena que el Padre os da». El eco de su voz resonaba de piedra en piedra, de roca en roca, hasta el infinito. Además, sobre una piedra, vio el pan y el agua, traídos por algún mensajero invisible. Se lo comió y bebió, y bajó de la montaña.

# TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS

El equipo de redacción del irá publicando con antelación los números previstos para que puedan colaborar quienes lo deseen, ajustándose al tema y al formato del Boletín.

La dirección se reserva el derecho de publicar o no el artículo enviado así como de adaptarlo, con el visto bueno del interesado, al momento más oportuno y conveniente.

Envíos a: vicariopastoral@diocesisalmeria.es o asanz@quintobe.org.

Julio – Septiembre 2010, Núm. 166

## ***Servidores de Jesús que no busquen ser más grandes que Él. “Proclamando la buena noticia del reino de Dios” (Lc 8,1)***

Al finalizar el Año Sacerdotal hacemos una reflexión sobre el servicio sacerdotal y miramos a Carlos de Foucauld en su aspecto de sacerdote diocesano de la diócesis de Viviers, al tiempo, que comprometido con una vocación especial de servicio a los últimos haciendo de su vida una eucaristía.

La reflexión que ofreceremos se complementa con la traducción de algunas de las ponencias recogidas en la Actas del coloquio histórico y espiritual celebrado con motivo del centenario de la ordenación sacerdotal de Carlos de Foucauld celebrado en el Seminario Mayor de Viviers hace ya casi diez años (Viviers, Ardèche, 13-15 de julio 2001).

El número se completa con experiencias sacerdotales así como aportaciones del laicado y vida consagrada.

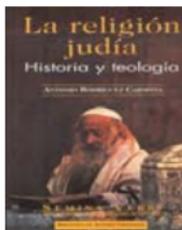
Octubre – Diciembre 2010. Núm. 167

## ***Profetismo en tiempo de Crisis. “Si éstos se callan gritarán las piedras” (Lc 19,40)***

La situación económica mundial exige una respuesta evangélica de los cristianos. Es tiempo de profetas y profetismo. Una Iglesia que no sirve, máxime en momentos de crisis, no sirve para nada.

La crisis del mundo del bienestar no debe hacernos olvidar a los pueblos y millones de personas que jamás han disfrutado del bienestar económico y cultural.

# UN LIBRO... UN AMIGO



AUTOR: Antonio Rodríguez Carmona  
TÍTULO: La religión judía. Historia y teología.  
EDITORIAL: BAC. Col. Semina Verbi, 611  
FECHA DE EDICIÓN: 2002, reimpresión.  
LUGAR: Madrid  
FORMATO: XXIX-761 pp. 20 x 12,30 cm.

El autor es profesor emérito de Nuevo Testamento y Literatura intertestamentaria en la Facultad de Teología de Granada y miembro de la Fraternidad sacerdotal. La obra está dirigida al público culto en general y se centra en lo religioso, haciendo referencia a otros ámbitos sólo en cuanto ello es necesario para comprender mejor el carácter propio de esta religión. La obra consta de dos partes. La primera ofrece una visión histórica del origen, la evolución y los principales hechos históricos que han configurado la religión judía.

En la segunda parte se exponen, amplia y sistemáticamente, las doctrinas y la praxis religiosa del judaísmo, especialmente del rabínico. El autor va exponiendo, de forma clara y con orden sistemático, los principales contenidos de la fe y práctica judías: el monoteísmo, los nombres y los atributos divinos, la naturaleza de la Torá, la Sagrada Escritura, los mandamientos y la halaká. Sigue la presentación de aquellas instituciones que están al servicio de la Torá, como son el rabinato, el patriarcado, la sinagoga, la justicia y los tribunales. Se expone ahora la concepción de la teología judaica del hombre, tanto en sí mismo como en su relación con el pueblo judío. El último capítulo expone ampliamente el tema de la oración, la liturgia y las festividades. Se cierra la obra con una bibliografía general, un glosario de términos judíos y los índices onomástico, temático, de citas bíblicas y de citas de literatura rabínica. Una magnífica obra, a nivel de divulgación general, para conocer de forma amplia la religión judía, que siguen practicando millones de personas. Una obra que se lee con agrado por la que felicitamos sinceramente a su autor.

MARIA DEL CARMEN PICÓN

## FRATERNIDADES DEL HERMANO CARLOS DE JESÚS EN ESPAÑA

### FRATERNIDAD SECULAR "CARLOS DE FOUCAULD"

Equipo responsable coordinado por: Pilar Ibanez Cabanell Avda. Gaspar Aguilar, 23 -11ª  
46007 Valencia E-mail: pilar-ibanez@ono.com

### FRATERNIDAD CARLOS DE FOUCAULD (Asociación de Fieles: laicas con celibato)

- Región Centro Sur: Mercedes Ibañez Delgado C/ Infanta Beatriz 6, 2º-B. 18004 GRANADA Tf. 958 256685. E-mail: fesca03@hotmail.com
- Región de Cataluña: Montserrat Miranda Pérez C/ Baldomer Solá 124, 3º, 2ª 08912 BADALONA (Barcelona). Tel. 934 412360 y 626.151477.

### FRATERNIDAD IESUS CARITAS (Instituto Secular Femenino)

Responsable: Eulalia Guarro i Vendrell, Avda. dels Til·lers, 29  
Tel. 938 605 352. 08530 LA GARRIGA (Barcelona) E-mail: acortadella@hotmail.com

### FRATERNIDAD SACERDOTAL "IESUS CARITAS"

Responsable: Aurelio Sanz Baeza. Casa Parroquial. 30396 – Perfn. Cartagena (Murcia)  
E-mail: aurelio@quintobe.org

**COMUNITAT DE JESÚS** (Asociación privada de fieles: matrimonios consagrados, célibes consagrados y laicos comprometidos). Responsable: Josep Calvet C/ Joan Blanques, 10. 08012 BARCELONA Tels. 932 154 110. E-mail: calvetraventos@wanadoo.es

### FRATERNIDADES DE BETANIA

Fraternidad General: Trafalgar, 70. 2º 1ª. 08010 BARCELONA Tel. 932 682 368.

### HERMANITAS DE JESÚS

C/ Francisco Carter, 1, 2º,3º. 29011 MÁLAGA  
Tel. 952 288819. E-mail: htasjesus@diocesismalaga.es

### HERMANOS DE JESÚS

C/ Puerto de Oncala, 7 -2º H. 29003 MALAGA  
Tel. 952 359 010. c.e.: fjmunoz@uma.es

### HERMANITAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Jacinto Benavente, 10- 7º, 3ª. 28026 HUMANES DE MADRID (Madrid)  
Tel. 916 049 512. E-mail: yolaine.beaugrand@yahoo.fr

### HERMANOS DEL EVANGELIO

C/ Acapulco 2, 3º, 4º. 04740 ROQUETAS DE MAR (Almería)  
Tel. 950 178596. E-mail: hevangelio@larural.es

### UNIÓN-SODALIDAD CARLOS DE FOUCAULD

(Para vivir el carisma en solitario)  
Información: José Luis Vázquez Borau, Paseo Fabra i Puig, 474, 2-3.  
08042 BARCELONA Tel. 934 274 616. E-mail: jlvazquez.borau@gmail.com

### FRATERNIDAD DE EMAÚS

C/ Calvario, s/n. 12232 TORRECHIVA (Castellón)  
Tel. 964 612 174. E-mail: ananugo@hotmail.com

### HERMANITAS DE NAZARET

Avda. Santa Rosa 21-23, bajo 2ª 08923 Santa Coloma de Gramenet (Barcelona)  
Tel. 93 466 30 26 E-mail: htas\_nazaret@ono.com

# SUMARIO

## EDITORIAL

El escritor y su obra. Dirección.....	3
---------------------------------------	---

## INTRODUCCIÓN..... 7

I. Su Madre narra.....	11
------------------------	----

II. La Casa de Nazaret.....	15
-----------------------------	----

III. Los amigos y los juegos.....	19
-----------------------------------	----

IV. Las fiestas, la oración y la sinagoga.....	25
--	----

V. La creación.....	30
---------------------	----

VI. Jerusalén y el Templo.....	34
--------------------------------	----

VII. El trabajo.....	38
----------------------	----

VIII. Las opciones políticas y religiosas.....	42
--	----

IX. La patria.....	47
--------------------	----

X. La elección.....	50
---------------------	----

XI. La muerte.....	53
--------------------	----

XII. El discípulo de Juan el Bautista.....	57
--	----

XIII. La decisión del Monte.....	59
----------------------------------	----

TEMAS PARA LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.....	63
--------------------------------------	----

UN LIBRO ... UN AMIGO.....	64
----------------------------	----